

WALTER CONNOLLY • ROBERT YOUNG • DORIS KENYON

EDICIONES
BISTAGNE



**LO QUE LOS DIOSSES
DESTRUIYEN**

LO QUE LOS DIOSES DESTRUYEN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

Lo que los dioses destruyen

Interesantísima producción dramática

Dirección de
Walter Lang

Es un film de la prestigiosa firma
COLUMBIA

Distribuido por
CIFESA
Mar, 60 - Valencia

Delegado para Cataluña, Aragón y Baleares
Pedro Balart
Valencia, 233 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Walter Connolly

Robert Young

Doris Kenyon

Lo que los dioses destruyen

Argumento de la película

EN PLENO TRIUNFO

Quien hubiese preguntado a John Forrester: "¿Eres feliz?", hubiese obtenido una respuesta categórica e inmediata.

—Inmensamente feliz—hubiera contestado sin ningún género de vacilaciones el notable autor y activísimo hombre de negocios.

Había logrado reunir en torno suyo cuanto podía desear.

Tenía una mujer a quien adoraba y un hijo—un muñequillo de seis años—que lo constituía todo para él: el recuerdo de un pasado de triunfos, un presente de realidades venturosas y un porvenir de grandezas y dichas incalculables.

Jackie, el menudo Forrester, era para su padre John, la encarnación de todos sus sueños.

Hombre de una actividad incansable y de una bondad que no alcanzaba fin, John Forrester a fuerza de acometividad y de talento había llegado a ese primer plano de los hombres cumbres en que todo son ya facilidades para el éxito.

A más de un estupendo forjador de comedias era un realizador de las mismas formidable y en su doble aspecto de autor y empresario nadie en ambos mundos hubiera podido igualarle.

No se envanecía con sus triunfos,

lo que significaba que el orgullo era para él un ente ridículo al que no concedía beligerancia.

Tenía su teatro, guardador de todos los secretos de su técnica maravillosa.

El teatro de John Forrester era en la capital del Reino Unido algo tan popular como las grises chisteras del príncipe de Gales en sus tiempos de principado. Y nunca engañaba al público.

Las noches de estreno ofrecía a la cohorte de sus admiradores verdaderas maravillas escénicas y aun conociendo su modo de hacer, el público siempre salía de la sala comentando calurosa y favorablemente la última sorpresa.

Su numen era infatigable y apenas apagado el rumor de los aplausos del último triunfo, John Forrester se encerraba en su despacho y empezaba a planear la próxima comedia.

Esto y los sueños de grandeza en el porvenir de su hijo, constituían su vida entera.

Las oficinas de su técnica—así llamaba él a su despacho y dependencias anejas en que se movía la colmena de sus colaboradores—

eran, casi puede decirse, su domicilio habitual.

Mañana y tarde, cuando estaba incubando un éxito, llamaba a su despacho a aquel pequeño ejército de artífices y celebraba consejo, para repartir órdenes, oír inspiraciones y acometer la labor.

Cualquier opinión, aun la del más modesto de sus auxiliares, era tenida en cuenta y llevada a la práctica si podía contribuir a la brillantez de lo que se proyectaba.

Tenía ahora entre manos la realización de una comedia, su última creación, de la que esperaba el milagro de borrar los éxitos anteriores, que ya era esperar. Se le estaban dando los últimos toques, pues faltaban ya pocos días para el estreno.

Sin embargo, John Forrester no parecía estar completamente satisfecho de los preparativos hasta el momento.

Quería más, mucho más y en uno de aquellos extraordinarios momentos de lucidez, planeaba nuevos trucos que llenarían de admiración a cuantos le rodeaban.

—La obra sin esto puede ser un fracaso. Así será un éxito rotundo y definitivo.

—¿Pero qué más quieres añadir? — preguntó el hermano de Margaret, su mujer.

—¡Oh! Algo que no se ha visto jamás... Vamos a crear una ciudad gigante en la que los actores se muevan sobre máquinas...

—Pero ¿Estás loco?...

—Creo que no—rió Forrester—, y tú mismo me darás la razón cuando lo veas.

—Como siempre...

—Eso es, como siempre, a pesar de tus testarudeces...

Había llegado la hora de la fiebre creadora y Forrester siguió explicando planes y detalles.

Sus ayudantes le escuchaban con la boca abierta.

—Lo único que siento es que no estaré aquí la noche del estreno... Ese viaje es imprescindible y precisamente coincide con el estreno. ¡Qué lástima! — exclamó apesadumbrado un momento John Forrester.

—¿Pero no habíamos quedado en que se estrenaba el sábado? — preguntó su cuñado.

—Sí, pero con los nuevos detalles, no hay más remedio que aplazar el estreno una semana. Usted se encargará de anunciarlo—continuó

dirigiéndose al jefe de propaganda.

—Sí, señor. ¿Para cuándo el estreno?

—Dentro de ocho días.

—Perfectamente.

En este momento penetraron en el despacho Margaret y el travieso Jackie.

Aquello era la otra media vida que venía a completar el júbilo de John Forrester.

—Papá—balbuceó el pequeñuelo—, mamá me ha comprado una boina para cuando vayamos en el vapor.

John Forrester cogió amorosamente en brazos a su hijo y lo sentó en el sillón de su monumental mesa de despacho.

—Aquí tienen ustedes a mi sustituto—exclamó radiante dirigiéndose a sus empleados—. Este es el que no tardará en darles órdenes.

—¿Y esto qué es, papá?—preguntó Jackie, jugueteando con la clave de timbres que había sobre la mesa.

—Esos son los timbres para llamar a esos señores...

—¿Llamo? — preguntó Jackie llevando sus deditos torpes al marfil de los botones.

—¡No! Primero tienes que saber tocarlos.

—¿Y cuándo me enseñarás, papá?

—Cuando volvamos de viaje. Además de que ahora están todos aquí y no tienes por qué llamarlos. Vamos a ver, figúrate que has tocado todos los timbres y han acudido todos a tu llamamiento. Ya los tienes aquí. A ver, diles algo.

Jackie miró sonriente a todos aquellos antiguos servidores, que le contemplaban con cariño, y tras un poderoso esfuerzo mental, les dijo, como si se tratase de algo importantísimo:

—¿Sabéis que mamá me ha comprado una boina?

Para él no había en aquellos momentos cosa más importante en el mundo.

Para su padre y su madre, a juzgar por sus rostros, tampoco.

En aquel momento apareció en la puerta un criado y dirigiéndose a John, le dijo:

—Señor, le están esperando unos señores.

—Voy en seguida. Perdona, Margaret. Es un segundo.

En las oficinas, efectivamente, podía verse a un caballero de cier-

ta edad que se dirigió con la mano tendida a John.

—¿Leyó usted aquello? — preguntó el desconocido.

—Sí. La obra me gusta—contestó Forrester— y creo que con ligeras variaciones será un éxito.

—¡Oh, gracias, gracias!

—El mérito es de usted y no mío—contestó sin fingida modestia el notable hombre de negocios—. Cuando regrese de mi viaje hablaremos más detenidamente...

Y acompañó a su visitante hasta la puerta de salida.

Al volverse, divisó a dos viejecitos, que debían ser antiguos conocidos a juzgar por su cariñoso saludo.

—Vengan ustedes dentro de unos días—les dijo sonriente—. He encontrado trabajo para ustedes en mi nueva obra...

Hurtándose a las manifestaciones de agradecimiento de los favorecidos, John les acompañó hasta la salida y regresó a su despacho.

—Señores—exclamó dirigiéndose a sus ayudantes—, por hoy hemos terminado la labor. Cuando están éstos aquí—añadió señalando a Margaret y Jackie—, ellos son antes que todo... Y además, para us-

tedes y para nosotros ha llegado la hora de comer. Ya saben ustedes que quedamos en que el estreno se aplaza ocho días. Hasta mañana, señores.

Salieron todos, menos su cuñado, y, al quedarse solos, John le dijo a éste:

—Quédate a comer con nosotros.

—¿Otra vez?

—¿Es que no te gusta la comida?—preguntó riendo John.

—No es eso, sino que siempre eres tú quien me convida—murmuró pesaroso el interpelado.

—Sí, sí, que se quede el tío con nosotros — intervino Jackie—. Así le explicaré cómo es la boina que me ha comprado mamá.

Tío y sobrino cruzaron la estancia y se dirigieron hacia el comedor.

Al quedarse solos John y su esposa ésta dijo al primero:

—Mira, John, he pensado que es mejor que hagas tú solo el viaje.

—¿Y eso?

—Es un viaje muy largo. El niño se mareará seguramente y a mí ya sabes lo poco que me gusta embarcarme. Además, para estar allí tres o cuatro días y tener que hacer en tan poco tiempo el regreso...

—Bueno, mujer, bueno. Ya veremos de aquí al sábado... aunque, como de costumbre, se hará lo que tú quieras.

Y John Forrester se quedó mirando embozado a aquella muñequita rubia que llenaba su vida de risas y canciones...

Decididamente, John Forrester, el autor y empresario mimado por el público londinense, era total y absolutamente feliz.

EL DOLOR DE LA AUSENCIA

Como todo llega en este mundo, llegó aquel día en que al fin John Forrester tuvo que emprender su viaje al otro continente, viaje impuesto por los negocios, que eran el nervio de su vida.

Margaret consiguió lo que se proponía y John emprendió solo aquel viaje, que él no podía presagiar lo tan profundamente que había de influir en su porvenir.

Y era precisamente aquella noche en que debía dirigirse al punto de embarque, cuando se celebraba en su teatro el estreno de su última producción, en la que había fundado todas sus ilusiones de autor y de empresario.

Fué en el mismo teatro donde se llevó a cabo la despedida.

No podía apartarse del lugar de sus triunfos.

La partida, sin saber por qué, era un dolor para aquel hombre, que en tantas ocasiones habíase separado de los suyos sin sentir la menor angustia.

¿Por qué aquella despedida re-

sultaba para John Forrester una despedida con caracteres de tragedia?

¿Presentimientos?

Tal vez, pero ni él mismo hubiera podido explicarlo, de proponérselo.

Retardaba cuanto podía la marcha y más de una vez su cuñado hubo de recordarle reloj en mano:

—John, que faltan veinte minutos...

Rodeado de los suyos, de su Jackie, de su Margaret, la ilusión de su vida, cada minuto le parecía un siglo lejos de ellos y retardaba en lo posible el de la separación.

El teatro ofrecía un aspecto magnífico.

Había transcurrido el primer acto y las ovaciones calurosas del público distinguido que cooperaba a las galas magníficas del teatro Forrester, eran en los oídos de éste como el narcótico que adormecía todas sus actividades.

—¡Faltan 18 minutos!—volvió a

insistir la voz del hermano de Margaret.

Y viendo que John no parecía dispuesto a iniciar la marcha, él mismo fué en busca del coche del autor y lo condujo hasta la puerta secreta del escenario.

Y fué él también quien buscó a Margaret y a Jackie para que le ayudaran a acelerar la marcha.

—Señor—dijo el chofer aleccionado por él y acercándose respetuoso a su amo—. Vamos a llegar tarde...

—¡Qué ganas tenéis todos de que me vaya!—dijo sonriendo John.

Pero comprendió que unos y otros tenían razón y arrancándose a la molicie que le aletargaba, se acercó a Margaret y tras besarla cariñosamente y dormirse casi en la última caricia a su heredero, subió por fin al coche que había de llevarle hasta el embarcadero.

—¡Adiós, Margaret! ¡Adiós, Jackie! — murmuró humedecidos los ojos—. Cuando venga te enseñaré a manejar los timbres—fueron sus últimas palabras dirigidas al heredero futuro de su nombre y de su gloria.

.
.

Minutos después John Forrester se sentía arrastrado vertiginosamente por el impulso del motor, aquel motor que como rápido tanto ensalzara repetidamente ante sus amigos y que ahora le parecía funcionaba con exceso.

Pasaban como en un desfile de pesadilla los árboles de ambos bordes del camino ante su vista y, sin saber por qué, y aunque la noche no podía ser más tibia y agradable, John Forrester sintió como un ramalazo de frío e instintivamente alzó el cuello de su abrigo forrado de raso.

El traqueteo del coche era un anticipo de la agitación que no había de tardar en poseerle.

¿Por qué aquel viaje le producía tan honda tristeza?

No hubiera podido precisarlo y múltiples veces quedó en su espíritu sin contestación esta pregunta.

Pero, por fin, se sobrepuso su optimismo habitual y, como alejando de su pensamiento visiones inoportunas, acabó por encogerse de hombros, murmurando, mientras en sus labios florecía una sonrisa:

—¡Cualquiera diría que tengo miedo! ¡Qué bobada!

Y a partir de aquel momento, ya

más dueño de sí mismo, empezó a tejear, mientras devoraba el auto kilómetros y kilómetros, proyectos para un porvenir que volvía a ver, tras unos instantes de incertidumbre, pleno de seguridades y triunfos, como hasta entonces había sido su vida toda...

HACIA LO DESCONOCIDO

Magnífico buque el "Balkan". Mole gigantesca que se balanceaba orgullosa de sí misma adosada al muelle.

Cinco pisos a flor de agua.

Tres chimeneas soberbias, pulmones vigorosos de aquellas máquinas gigantes, orgullo de la flota americana.

Después del "Titánic" y el "Lusitania", verdaderos monstruos del mar, que tal vez por eso mismo se escondieron en su seno para siempre, el "Balkan" parecía ofrecer a sus moradores, los viajeros ocasionales, todas las garantías de seguridad.

Por eso quizá el pasaje prefería aquél a cualquier otro paquebot de los que hacen a diario la ruta transoceánica.

Era aquél un mundo flotante.

Pueblos enteros cabían en él y la

vida a su bordo no era otra cosa que la continuación de la vida en tierra.

Cientos, miles de pasajeros lo ocupaban aquel día y al despedirse, nadie pensaba en la catástrofe.

¿Cómo podían hacer zozobrar a aquella mole unas olas que apenas imprimían una leve sacudida a su casco prepotente, ni aun en medio de las tempestades más furiosas?

La vida a bordo, lógicamente pensando, era una distracción.

Así lo pensaba John Forrester, paseando por la cubierta superior a las pocas horas de iniciado el viaje.

En uno de sus paseos, tuvo una sorpresa.

Entre los pasajeros que se cruzaron en su camino acertó a distinguir a una de sus más entusiastas admiradoras, Henriette Crosland,

a la que reveses de fortuna y la esperanza de entrar en posesión de una pingüe herencia llevaban ocasionalmente al otro lado del mar.

Grande fué la alegría de la dama al hallarse frente a frente del idolo de sus admiraciones.

—¿Usted también, amigo John? —preguntó al empresario tendiéndole ambas manos que él se apresuró a estrechar cariñosamente entre las suyas.

—Sí... A América. Pero usted, Henriette... ¿a dónde va?

—Pues, si no torcemos el itinerario —contestó Henriette risueña, —al mismo destino que usted.

—No sabe cuánto me alegro —dijo John, que, efectivamente, se hallaba menos solo al comprobar que en el viaje le acompañaban personas conocidas.

Y al hablar así, miró sorprendido al acompañante de Henriette, el profesor Veavier, que le fué presentado por ésta inmediatamente.

—Mi amigo el profesor Veavier. John Forrester, el conocido autor y empresario teatral.

—Tanto gusto.

—Muy honrado.

Los dos hombres cambiaron un cordial apretón de manos.

Y simpatizaron a las primeras palabras.

Ambos eran joviales y comunicativos.

—Mandaré a mi hijo a su colegio—dijo amable John.

—¿Cuándo?—preguntó Veavier.

—¡Oh, muy pronto! —rió bromeando Forrester—. ¡Dentro de diez años... tiene ahora seis!

Y como tres niños grandes los tres viajeros dejaron fluir de sus labios una sonora carcajada.

—No puede usted figurarse, Henriette—exclamó tras una pausa John, dirigiéndose a su amiga—, lo que me satisface el hacer el viaje en su compañía...

—¡Ay, amigo mío!—repuso la admiradora del autor—. Temo que nos veamos con poca frecuencia... Voy en tercera...

—¿En tercera? —preguntó sorprendido John.

—Aun no he heredado, amigo mío—fué la contestación jovial de la Crosland.

—No importa, Henriette. Ya iré a buscarla a tercera, para echar una parrafada... Necesito la compañía de los buenos amigos... y sobre todo de amigas como usted, tan amables...

La separación, no obstante los buenos deseos, se impuso y John se halló a poco en los lujosos departamentos de primera, sin más compañía de gente conocida que la de aquel maestro Veavier, a quien pensaba enviarle su Jackie cuando hubieran pasado diez años... "pasado mañana", como decía jocosamente Forrester.

A la mañana siguiente, acompañado por uno de los oficiales del buque—otro admirador—John Forrester se dirigió a los departamentos de tercera del "Balkan", dispuesto a cumplir a Henriette su promesa de visitarla durante la travesía y charlar un poco con ella.

¡Notable diferencia entre aquel hacinamiento de personas y la holganza y las comodidades que se disfrutaban en las partes del buque destinadas a los elegidos de la fortuna!

Pese a su optimismo habitual de la vida, John Forrester, acostumbrado a estudiar caracteres, costumbres y modos de vivir, se sentía un tanto deprimido al cruzar por aquellos lóbregos corredores.

—¡Pobre Henriette—iba pensando cabizbajo—, lo que debe de su-

frir en este ambiente, con lo delicada y exquisita que es ella!

Algo hubo de sacarle bruscamente de su abstracción sentimental.

Uno de los componentes de aquella abigarrada multitud, un tipo de faz cetrina, rostro duro y mirar penetrante y amenazador, hizo a su paso un ademán de protesta.

Y antes de que nadie pudiese darse cuenta del gesto, ni aun intentar evitarlo siquiera, un salivazo lanzado por aquel individuo, fué a caer sobre el terno de John.

El primero en darse cuenta del acto fué el oficial, que, con su propio pañuelo, se apresuró a borrar las huellas de la grosería del pasajero.

—¡Indecente!—censuró el oficial con gesto amenazador.

—¿Qué fué?—interrogó John, como si no se hubiese dado cuenta de nada, aun cuando en realidad no había pasado para él inadvertida la escena, ni la acción denigrante.

—Nada, señor Forrester — se apresuró a decir el oficial—. Uno de tantos groseros como hay en el mundo...

John Forrester se había deteni-

do ante el autor de la hazaña y mirándole atentamente murmuró:

—Un tipo interesante... y digno de estudio.

Y dirigiéndose de una manera particular al grosero, continuó:

—Tiene usted un rostro simpático. ¿Cómo se llama?

—¿Y a usted qué le importa?—contestó aquel hombre frunciendo el entrecejo y cerrando los puños con gesto amenazador.

John le miró con mayor atención.

—Le pregunto su nombre por mera curiosidad... y porque tal vez pueda hacer algo por usted.

—¿Por mí...? No quiero nada de los burgueses—dijo el desconocido con menosprecio—. Todos los capitalistas deben desaparecer... y usted no es más que eso, un capitalista.

—Tal vez se equivoque... pero, en fin, no por ello creo que sea un secreto el conocer su nombre.

Intervino entonces el oficial:

—A ver los documentos... ¿Cómo se llama?

—Peter Korolof—contestó el interrogado, a regañadientes.

—¿De dónde es usted?—preguntó Forrester.

—Del mundo... de donde usted—contestó el ruso.

—¿Tiene usted familia?—siguió preguntando John.

—Ni me hace falta. La familia... los demás son un estorbo... ¡Así revienten todos!

Un tipo de novela aquel Korolof que en un momento de descuido del oficial trató de agredir a John, lo que fué evitado por varios de sus compañeros de viaje.

Y al sentirse sujeto, en el rostro bestial de Peter se pintó un gesto de odio indescifrable.

—Curioso... — murmuró Forrester—. Digno de estudio... Me gustan esos caracteres. Es del natural de donde salen los mejores tipos de nuestras comedias—iba diciéndole al oficial mientras se adentraban en aquel laberinto de pasadizos que constituían la parte ínfima habitable de aquel pueblo flotante.

John parecía ahora preocupado.

La escena anterior le había impresionado profundamente.

¿Por qué aquel odio de Peter Korolof contra él... contra él, que jamás hiciera mal a nadie...?

CUANDO SE VE LA MUERTE CARA A CARA

Aquella noche, Forrester comía tranquilamente en el lujoso corredor de primera con el profesor Veavier.

Charlaban de sus profesiones respectivas.

—¿Y realmente es entretenido enseñar a los pequeñuelos?—preguntaba risueño Forrester.

—¡Oh, delicioso!—contestó Veavier—. Para mí es la profesión ideal.

—Decididamente tendré que enviar a mi chico a su colegio... Tengo verdaderas ansias de que sea mayor y de que se desarrolle su talento... porque mi Jackie va a ser una notabilidad...

Y como si hablara consigo mismo continuó:

—Cuando sea mayor... Será autor, como su padre... Y empresario... Un talento, un verdadero talento.

Y allá, en la pantalla que a veces nos retrata el porvenir, veía a su Jackie convertido en un mocetón

gallardo, triunfar en la escena, como él triunfara, ídolo de las multitudes...

Soplaba furioso vendaval.

Noche oscura y tormentosa la que estaba viviendo aquel pueblo flotante.

El "Balkan" se balanceaba a impulsos del mar y del viento.

La oficialidad en sus puestos, aun cuando no existiera peligro real para aquella mole, vigilaba atenta.

Y de pronto lo impensado.

La fatalidad que se atraviesa en el camino de lo ponderado, y la catástrofe.

Uno de los oficiales desde el cuarto de derrota vió el peligro.

Por la popa un obstáculo infranqueable.

¿Otro buque?

¿Un iceberg?

No hubiera podido precisarlo, pero algo terrible era.

Y aquel hombre, horrorizado, dió la voz de alarma.

¡Era tarde!

De nada sirvió que sonaran los pitos de alarma y que todos los hombres acudieran precipitadamente a sus puestos.

Se produjo el choque.

Un choque espantoso, terrible.

La sacudida lo derribó todo a bordo, y por un momento, en confuso montón, tripulantes, pasajeros, muebles y enseres rodaron por el suelo confundidos.

Seguían sonando los pitos.

Las gentes alocadas, ahora en pie, corrían de un lado para el otro, amontonándose, atropellándose, aumentando la confusión por segundos.

Los oficiales y el capitán cambiaban órdenes y detalles por teléfono:

—¡Una vía de agua!

—¡Hemos chocado con un obstáculo!

—¡Las bodegas están inundadas!

Y de pronto, estridentes, las órdenes al pasaje y a la tripulación.

—¡Los salvavidas!

—¡Peligro!

—¡Botes al agua!

—¡Las mujeres primero!

—¡Orden!

—¡Orden!

—¡¡¡Orden...!!!

Inútil la recomendación.

Ante el peligro inminente, cara a cara con la muerte, toda contemplación había desaparecido y los que momentos antes daban ejemplo de exquisited y educación, eran ahora groseros y violentos.

Iba la vida en la llegada antes a uno de los botes, o en la conquista de un salvavidas, que podía alargar la vida por unos momentos y tal vez salvarla.

Las mujeres, alocadas, llorosas, corrían de un lado para otro, sin saber a dónde, lanzando alaridos, llamadas de angustia a los seres queridos...

La tripulación se portaba admirablemente.

Los oficiales, pistola en mano, ponían en práctica aquel orden, que sólo su entereza podía lograr, pues sus palabras se perdían en la algarabía y el estruendo.

La invasión de los puentes superiores por los viajeros de tercera, vino a hacer más crítica la situación.

Los recién llegados eran brutales, violentos, sin respeto a sexos ni condiciones.

Cada cual trataba de salvarse él,

sin importarle un ardite los demás.

Desde los primeros momentos, John Forrester, luchó denodadamente, no por conservar su vida, sino por ayudar a que se salvase la de los demás.

En posesión de un salvavidas, que podía asegurarle un vislumbre de salvación, no tuvo inconveniente en abandonarlo cuando se encontró junto a uno de los botes con Henriette, que carecía de él.

—¡Tome y sálvese!—la dijo entregándole lo que en aquellos críticos instantes era un tesoro inapreciable.

La Crosland, mientras lo cogía con avidez, no pudo por menos de preguntarle sorprendida:

—¿Y usted?

—No se apure—contestó a gritos Forrester—. ¡Ya encontraré otro!

Y continuó su labor humanitaria de salvamento.

Varias presuntas víctimas debieron su salvación a la labor humanitaria de aquel hombre abnegado.

Junto a una de las escotillas se encontraron frente a frente John Forrester y Peter Korolof.

Este, recrudecida en sus ojos la mirada de odio, le gritó:

—¡Podrías salvarte, porque eres

fuerte... y rico, pero voy a hacer que no lo logres, burgués!

Y sacando de uno de los insondables bolsillos de su chaquetón un acerado puñal se dispuso a hundirlo en el cuerpo del autor.

La oportuna intervención de un oficial que disparó a quemarropa sobre el asesino, le salvó la vida.

John Forrester, después de aquella escena, se aisló del tumulto general y, apoyado melancólicamente contra el soporte de uno de los botes, se dispuso a morir.

Había hecho cuanto estaba en su mano por salvar a los demás.

Las mujeres ya estaban casi todas a bordo.

Para ellos no había sitio en los botes.

Era preciso morir.

¿Para qué luchar?

Dejaría que el buque se hundiera y desapareciera con él para siempre...

En aquellos momentos se sentía cobarde, muy cobarde... al menos para defender la vida contra lo imposible...

Y fué aquella misma cobardía la que le salvó.

Reconcentrado en sí mismo unos instantes, como haciendo examen

de conciencia antes de emprender el viaje definitivo hacia el más allá, John Forrester pensó en los suyos... en su teatro... en su casita... en Margaret... en Jackie...

¡Ah, qué dulce era la vida a su lado!

¡Y no los vería más!

Este pensamiento le hizo aferrarse a la vida desesperadamente.

¡Oh, si pudiera salvarse!

¿Pero, cómo?

Y miró a todas partes con desesperación....

Sí, allí estaba tal vez la salvación....

Aquel abrigo de raso... ¡Un abrigo de mujer acogedor sobre aquella silla de tijera a pocos pasos de él!

En el desbarajuste general nadie observaba sus movimientos.

¡Si se atreviese...!

Y el amor a los suyos, más que el instinto de conservación, le decidió...

Unos minutos después, desaparecido su cuerpo bajo los pliegues de raso, notó que alguien le suspendía en vilo y le depositaba en un bote.

—¡Pronto...!—llegó a sus oídos.

—¡Es el último! ¡Al agua con él!

¡Pronto, que nos hundimos!

Una sacudida violenta, un choque...

La sensación mareante de un descenso rápido en el vacío...

¡Plaff!

El choque contra el agua.

Y a poco el rumor acompasado de los remos y la respiración jadeante de los remeros...

Y un estruendo horrible, en el que apenas si llegaron a sus oídos ayes, lamentos, imprecaciones...

El "Balkan" debía haber desaparecido bajo las aguas engulléndose a los que, no siendo mujeres, no habían podido escapar a la catástrofe.

Y víctima de aquellas emociones encontradas, carente ya de personalidad, huérfano de energía, avergonzado de sí mismo, sacudido por encontrados sentimientos, John Forrester sacudió todo su cuerpo en un sollozo irrefrenable y sintió que el alma huía del cuerpo como en un postrer ademán de protesta.

Había perdido el conocimiento.

.....

¿Héroe?

¿Cobarde?

Hombre y nada más.

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

No era nuevo el espectáculo para los pescadores de aquellas costas.

Un naufragio era, para ellos, el "pan nuestro de cada día".

Costas inhospitalarias y salvajes, habían visto estrellarse contra ellas cientos de navíos.

Tal vez por eso mismo, por educación en la desgracia, eran maestros en el arte del salvamento.

Apenas divisaron en lontananza los primeros botes del "Balkan", se apresuraron a lanzar al agua sus embarcaciones y, hombres y mujeres, con igual ardor, se precipitaron hacia la playa, prontos a rivalizar en heroísmo.

No esperaban a que los botes atracasen en la playa.

Ya mucho antes, con agua a la cintura y esquivando valientemente el embate furioso de las olas, empezaron a extraer de las barcas y transportar a tierra a las pobres mujeres que habían escapado con vida del naufragio.

Llegaban las náufragas extenuadas, hambrientas, molidas a golpes,

sin dar apenas señales de vida, en un estado lamentable.

Los habitantes de aquel pueblecillo costero las transportaron a sus casas primero, mientras sus humildes albergues tuvieron suficiente capacidad, e improvisaron, luego, lechos al aire libre en la playa.

Y era de ver con qué solicitud prestaban sus socorros.

Respiración artificial a las de mayor peligro. Fricciones enérgicas. Tragos de bebidas reconfortantes.

Y así con un bote, con otro...

La tarea era ruda, agotadora, pero no se escuchó en ninguno de aquellos pescadores la menor lamentación.

Al contrario, apenas desocupada una barca, corrían de nuevo hacia el mar, oteando el horizonte en busca de otra.

Repitióse la operación una, dos, tres, cuatro veces...

Por fin llegó la última barca del "Balkan".

La amplia playa del pueblecillo

costero parecía ya un inmenso hospital.

—¡Y todo mujeres! — dijo uno de aquellos rudos marinos—. ¡Los tripulantes del "Balkan" eran unos valientes...!

Otra, otra mujer...

La barca estaba ya casi vacía...

La última...

La llevaron en brazos hasta la playa.

No podía verse su cuerpo, ni aun adivinar su rostro, oculto por completo en los pliegues del amplio abrigo de raso...

La tendieron en el suelo y varios marinos se apresuraron a destaparla para hacerla objeto de sus solícitos cuidados.

Pero, ¡oh! ¿Qué era aquello?

—¡Puah! ¡Un hombre! — rugió, indignado, el que lograra descubrirle—. ¡Cobarde!

Y sobre el cuerpo del infeliz cayó en unos segundos una lluvia de puntapiés.

—¡Cobarde! — repetían a coro. —¡Se salvó él y dejó ahogarse a una mujer en su sitio!

—¡Que se muera!

—¡Que reviente!

—¡Capaz soy de rematarlo, por gallina!

¿Se daba cuenta John Forrester —pues era él la víctima de aquellas iras— de cuanto ocurría a su alrededor?

Difícilmente.

El padre de Jackie, tras los sufrimientos pasados, estaba en un estado de inconsciencia, que casi nada tenía que envidiarle a la muerte.

—¡Atrás! —gritó de pronto una voz sonora.

Y un hombre alto, fornido, de blancos cabellos encrespados sobre una frente amplia y noble, se inclinó sobre el caído y se aprestó a prestarle los auxilios necesarios.

Práctico en lances parecidos, no tardó en cerciorarse de que el estado de aquel infeliz no era grave sino desesperado.

—A ver—gritó a sus convecinos—. ¡Uno para ayudarme a llevarme a este hombre!

Nadie le contestó de momento.

Repitió la imploración y ahora sí, ahora sí le contestaron, pero en qué forma:

—¡Bandido!

—¡Que se muera!

—¿Vas a salvar a esa mujerzuela!

—¡Mira, mira qué huésped tan valiente ha encontrado Alec!

Y ni una mano se tendió hacia el caído.

Era igual.

Aquel a quien llamaban Alec, alzó sus ojos nobles al cielo y haciendo un esfuerzo poderoso, logró medio incorporar a John, pasó uno de los brazos de éste por su cuello y medio a rastras lo condujo hasta su cabaña.

John se dejó llevar.

No tenía conciencia de sus actos.

Le consumía una fiebre horrible, como pudo comprobar unos minutos después el médico del pueblo, que acudió a reconocerle a requerimientos de Alec.

—Además del magullamiento general—dijo el galeno después de reconocerlo minuciosamente— y de algunas contusiones de carácter grave, tiene una fiebre horrible.

—¿Morirá?—preguntó con interés Alec.

—Mucho lo temo... porque además se le ha declarado en estos momentos una pulmonía. En fin, ya veremos...

Y tras recetar lo necesario, el galeno se retiró para proseguir su la-

bor humanitaria, junto a la cabecera del resto de los naufragos.

Alec había despojado al naufrago de sus ropas y al hacerlo, encontró en uno de los bolsillos de la americana, la cartera de John en la que estaba impreso su nombre, varios documentos de identidad y una fuerte cantidad en billetes de banco.

Hombre reservado por naturaleza, guardó la cartera y sin que la condición del enfermo le tentara en lo más mínimo se acercó a la cabecera del lecho dispuesto a disputarle noche y día aquella presa a la muerte.

...

La noticia del naufragio del paquebot "Balkan" había corrido entretanto de un extremo a otro del mundo.

En Londres los periódicos dedicaron columnas y columnas a contar a sus lectores cómo muriera el célebre autor y empresario.

Henriette Croslan, salvada del naufragio gracias al salvavidas que la cediera John, contó a su viuda y a sus parientes y amistades el heroísmo del empresario.

Tal vez esta muerte gloriosa sir-

viera para mitigar un tanto el dolor de la pérdida.

Los amigos y admiradores de John lloraron la muerte del héroe y en su teatro colocaron una placa conmemorativa con una inscripción elogiosa bajo el busto en relieve del que fuera ídolo de las multitudes.

...

El estado de John Forrester, entretanto, era verdaderamente lastimoso.

De sus ojos parecía haber desaparecido para siempre la vida y sus labios amoratados dejaban escapar a intervalos sonidos guturales, palabras sin hilación y sin sentido.

A los dos días de este estado lamentable, se presentó en la morada de Alec el torrero del faro costero, que iba adquiriendo datos de identidad de los salvados de la catástrofe.

Al entrar en la alcoba y ver a Forrester, no pudo contener un movimiento de repugnancia y exclamó:

—Es una honra tener un huésped así en casa...

—¿Y quién no ha faltado en su vida?—contestó magnánimamente

Alec—. Piensa que todos somos pecadores.

No contestó el torrero a este inciso y se limitó a preguntar:

—¿Cómo se llama ese hombre?

—No lo sé—contestó Alec, que no se creía autorizado para revelar su secreto—. Se lo preguntaremos a él.

Y acercándose al lecho pegó su boca al oído de John y preguntó:

—¿Cómo se llama usted, amigo?

Por un momento parecieron reanimarse los ojos del enfermo y paseando una mirada estúpida a su alrededor, fueron a clavarse sus pupilas en el hombre que con tal desprecio hablara de él.

De sus labios salió apenas un sonido ronco...

—¿No hallaste ningún papel en sus bolsillos—siguió preguntando el torrero— que pudiera servirnos de indicación? Hay que avisar a las familias de los naufragos... y aunque cobarde, los suyos no tienen la culpa de su cobardía.

Aquellas palabras obraron sobre John a modo de un revulsivo.

Recorrió su cuerpo un estremecimiento nervioso y de sus labios brotaron difícilmente estas palabras:

—¡Peter...!

—¿Cómo?—preguntaron ansiosamente los dos hombres.

—Me llamo... Peter...

—¿Qué más?—inquirió el torrero, apuntando en un papel.

—... Korolof... Peter... Korolof.

John daba el nombre del ruso del "Balkan".

—¿De dónde es usted?—continuó el torrero.

—De Rusia...

—¿Tiene familia?

—No... tengo... nadie... Soy solo en el mundo...

—Y entonces, ¿por qué tenía tanto interés en salvarse? —dijo montando otra vez en cólera el torrero—. ¡Decididamente dan ganas de rematarlo! ¡Puah!

Y tal vez por no pasar de las palabras a los hechos aquel hombre salió de la cabaña, escupiendo despreciativamente.

EL MUERTO QUE ANDA

Inconsolable, Margaret Forrester sólo hallaba un consuelo a su dolor permaneciendo horas y más horas sentada en el que fuera despacho de su marido.

Allí acudían a visitarla sus amistades y una de las más asiduas en el consuelo era Henriette, que no cesaba de alabar la conducta del muerto.

—En medio de tu pena, querida Margaret—decía una y otra vez—, puedes estar orgullosa de un marido así. Hasta el último momento luchó como un héroe por salvar a sus

semejantes. Yo misma le debo a él la vida. Fué él quien me dió el salvavidas... Tal vez este gesto le costó la vida... ¡Pobre Forrester!

También Jackie asistía a estas escenas, pero el pobrecillo no se daba cuenta de nada.

Mientras su tío Pedro trataba de consolar a su hermana, el pequeñín, encaramado en el sillón de su padre, revolvía cuantos papeles hallaba sobre la mesa.

En una de sus exploraciones sobre ésta, sus deditos fueron a tropezar con el registro de los timbres

y uno por uno, con un gozo diabólico, fué oprimiendo los botones.

Un minuto después se abrían todas las puertas y empleados, botones y sirvientes aparecían en aquellas.

Para Margaret y el tío Pedro, que no se habían dado cuenta de nada, fué aquello una verdadera sorpresa.

—¿Quién les llamó?—preguntó estupefacto el tío Pedro.

—¡He sido yo! ¡He sido yo!—gritó alborozado Jackie—. ¡He tocado todos los timbres! ¡Ja, ja, ja!

—Pues ya lo saben ustedes—exclamó el tío Pedro, dirigiéndose cómicamente a los atónitos servidores—. Les ha llamado *el señor Forrester*, pero ahora no tiene nada que decirles.

John Forrester había vencido la crisis y su estado empezaba a ser satisfactorio con gran contento de Alec, que no se había separado un solo instante de la cabecera de su lecho.

Por fin un día, tras varios de delirio, John pronunció algunas palabras coherentes.

—¡Gracias a Dios que tiene usted ganas de hablar, amigo mío!—ex-

clamó regocijado el valeroso marinero.

Y añadió inclinándose sobre el enfermo:

—¿Se siente usted mejor, verdad?

—Sí... parece que sí—murmuró débilmente Forrester.

Lo cierto era, sin embargo, que Forrester hacía ya días que se daba cuenta de todo y asistía emocionado a la abnegación y al sacrificio de aquel hombre que le cuidaba con un celo que tal vez no hubiera hallado en un amigo íntimo...

—¿Quiere usted que avise a su familia?—preguntó Alec, tras una pausa.

—Creo que le dije que no tenía familia—contestó John tratando de disimular.

—Sí—dijo sonriéndose Alec—, pero eso era cuando se llamaba usted Koroloff, señor Forrester.

Al oírse llamar por su nombre, John se incorporó violentamente en la cama y preguntó con la angustia retratada en el rostro:

—¿Encontró usted mi cartera?

—Sí, señor... y otros documentos... Todo lo tengo guardado para entregárselo cuando lo necesite.

—¡Dios mío!—murmuró John

tapándose el rostro avergonzado—. ¿Entonces...?

—No se preocupe, señor Forrester. Este es un secreto entre nosotros dos.

Respiró más tranquilo John.

—¿No sabe nadie mi nombre?

—No.

—Gracias, Alec, no lo olvidaré en la vida.

—¡Bah, eso no tiene importancia!—contestó modestamente el marino.

Reinó un momento de silencio.

El primero en romperlo fué Forrester.

—¿Cómo en medio del desprecio general se atrevió usted a socorrerme, arrojando las iras de sus compañeros?

—Yo soy viejo—dijo por toda explicación Alec—, y cuando se tienen mis años y se ha vivido tanto, se dispensan las culpas ajenas, porque... ¿sabe usted: quién no ha cometido una falta en su vida?

Volviéron a guardar silencio y al cabo de un rato, continuó Alec:

—Yo no lo creí cuando dijo usted que no tenía familia. Son ellos los que nos mueven a hacer ciertas cosas, ¿verdad?

—¡Sí!—suspiró profundamente John—. ¡Son ellos!

Y se encerró en un mutismo hueraño.

.

Al cabo de unos días ya pudo abandonar el lecho.

Hacía un tiempo espléndido y el viejo Alec le invitó a dar un paseo por la playa.

John se resistió un momento, pero acabó por acceder, ante este razonamiento de su salvador:

—No va usted a estarse aquí toda la vida encerrado... Algún día tendrá que salir, que marcharse...

—Es verdad. Vamos y sea lo que Dios quiera...

Su aparición en la playa fué saludada por los pescadores con risotadas y burlas groseras.

—¡Mírala!... ¡Mírala qué presumida!

—¿Está ya mejor la señorita?

John sufría horriblemente y hundía apesadumbrado la cabeza en el pecho.

—No les haga caso, señor—le dijo Alec compasivo—. Son gente joven y no saben lo que se dicen...

Y al ver que algunos más atrevidos se disponían apedrear al náu-

frago, Alec se puso ante él resuelto y les increpó así:

—El que esté libre de culpa que arroje la primera piedra...

Nadie contestó a aquella invitación, y a partir de entonces nadie se metió con ellos limitándose a volverles las espaldas con desprecio cuando les veían.

.

La estancia de John Forrester en aquella mansión acogedora, tocaba a su término.

Y precisamente de la marcha del náufrago, hablaban aquella mañana los dos hombres sentados a la puerta de la casita.

—No me ha explicado usted, ni yo se lo he preguntado—decía Alec—por qué se salvó del naufragio haciéndose pasar por mujer...

—Ni yo mismo lo sé... Luché denodadamente desde los primeros momentos por ayudar a mis semejantes, y algunos creo que me deben a mí la vida...

—¿No tenía usted salvavidas?

—Se lo di a una pobre mujer... El buque apenas si se mantenía ya a flote. Quedaba por botar al agua el último bote de salvamento. Yo estaba dispuesto a dejarme ir con

el cascarón del "Balkan" cuando de pronto los gritos de una madre que llamaba desesperadamente a su hijo me hicieron pensar en mi Jackie y en mi Margaret. ¡Nunca volvería a verlos!—gimió John—. Y aquello fué más fuerte que mi voluntad. Junto a mí, sobre una silla habían abandonado un abrigo de raso. Mis ojos se fijaron en aquella prenda que me obsesionaba. Y fuí cobarde, sí, lo reconozco. ¡La obsesión, el recuerdo de los míos, pudo más que mi voluntad. Lo demás, ya lo sabe usted...

Callaron.

—Y ahora, ¿qué piensa usted hacer?

—No lo sé—contestó John con abatimiento—. ¿Cómo quiere usted que me presente ante ellos, que les cuente cómo me salvé... que les revele a ellos y a todos mi cobardía? Mi mismo hijo al crecer y saber lo que hizo su padre, me despreciaría. ¡No, no debo volver a ellos! ¡Viviré solo... errante por el mundo... como lo que soy... como un maldito... como un cobarde! ¡Sí, como un cobarde!

Y el pecho de John Forrester se hinchó en un sollozo desgarrador.

Alec le miraba conmovido y al

fin, tras un momento de reflexión, exclamó con alegría:

—Pero si tiene usted un modo de salvarse... de explicarlo todo... de volver con los suyos...

John le miró con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Cómo? — exclamó tembloroso—. ¡Explíquese, por favor!

—Pero si es sencillísimo—continuó Alec—. Nadie sabe en el mundo más que yo que ha llegado aquí. Se sabe que a este pueblo arribó entre las mujeres un individuo llamado Peter Koroloff. ¿Comprende usted?

—¡Sí, sí! — murmuró John que seguía el relato con creciente ansiedad.

—Nada se ha hablado de John Forrester... ni aquí sabe nadie que se llame así. ¿Quién le impide llegar a su tierra, presentarse a los suyos y decir que pudo hallar un salvavidas... que se arrojó con él al mar y que se salvó nadando? En último caso pueden escribirme a mí que corroboraré cuanto usted diga.

—¿Y usted cree que me creerán? —preguntó John en cuyo pecho iba entrando la esperanza.

—¿Y por qué no? ¿Acaso sería usted el primero, ni el último que

se ha salvado de esa manera de un naufragio?

—¡Oh, gracias, gracias!—exclamó John enternecido—. ¡No sabe usted todo el bien que me hace con sus palabras! ¡Ya me parece que soy otro hombre! ¡Volver a ver a mi Jackie... a mi Margaret... volver a ser *de veras* John Forrester!

Y el pobre hombre lloraba y reía a un tiempo.

Alec por su parte también estaba profundamente emocionado y ahora daba gracias al cielo por haber salvado a aquel hombre de la desgracia.

.

Ya totalmente restablecido, dos días después John Forrester se despedía de su salvador y emprendía el viaje de regreso a Europa, yendo hasta el puerto más cercano en un cochecillo que le proporcionara Alec.

Este al despedirse, no sin gran pesar, pues le había cobrado un afecto sincero, entregó a John la cartera que encontrara en sus bolsillos el día del salvamento.

—Tome usted — le dijo—, hay dinero en ella y le hará falta.

—¿Y usted—se resistió John—,

cómo pagaré lo mucho que ha hecho por mí?

—No se preocupe por mí—respondió aquel hombre admirable—,

me basta saber que he cumplido con mi deber y que he hecho lo que Dios manda que hagamos: amar al prójimo como a nosotros mismos...

LA FUERZA DE LOS HECHOS

Tras una travesía marítima que le pareció eterna, John Forrester marchaba ahora a toda velocidad en el expreso de Londres.

Y, sin embargo, a pesar de aquella vertiginosa carrera, a Forrester le parecía que el tren andaba poco.

Había comprado unos periódicos en la estación anterior y para matar el tiempo empezó a leerlos.

A punto estuvo de lanzar un grito de sorpresa al fijarse en los siguientes titulares:

EL NOTABLE AUTOR Y EMPRESARIO JOHN FORRESTER, HEROE DE LA CATASTROFE DEL "BALKAN"

DESCUBRIMIENTO DE UNA LAPIDA EN SU HONOR.

Seguía el relato de la ceremonia celebrada el día anterior en el ves-

tíbulo del teatro que llevaba su nombre.

John Forrester miró a todas partes con angustia.

Le parecía que todos los viajeros del departamento tenían los ojos fijos en él y sonreían con malicia.

Y para darse algún valor a sí mismo, repetía en voz baja:

—Me encontré un salvavidas. Me arrojé al agua y fui nadando hacia la orilla...

Un momento después llegó el revisor y John, cada vez más impaciente, le preguntó:

—¿A qué hora llegaremos a Londres?

—A las 8'35.

John siguió leyendo el periódico y éste le guardaba otra sorpresa agradabilísima.

Continuaban con un éxito apoteósico las representaciones de su úl-

tima obra, aquella en que cifrara todas sus esperanzas.

—A las ocho y treinta y cinco— repetía maquinalmente—. Llegaré cuando vaya a empezar. ¡Qué sorpresa para todos! Y aun podré recoger unos aplausos. ¡Volver a ser! ¡No haber “muerto”!

.

Al llegar a Londres llovía torrencialmente.

¿Qué le importaba a John Forrester el agua que caía del cielo?

Ni apenas se fijaba en ello al atravesar aquellas calles que tanto conocía, las que estaban cerca de su teatro, del lugar de sus triunfos, de aquel hogar feliz que construyera a costa de tantos esfuerzos y tantos sacrificios.

Sí, allí estaba la fachada...

Y los anuncios luminosos de su obra triunfadora.

Y su nombre en letras mayúsculas.

Pero...

Se detuvo un momento vacilante.

¿Qué iba a hacer?

¿Tenía derecho a ello?

¿Le estaba dado resucitar?

Por un momento volvió atrás el

pensamiento y vió la playa de su salvamento y oyó las blasfemias de los pescadores y hasta le pareció sentir el golpetazo de sus botas en la carne lacerada.

—¡Cobarde, cobarde, cobarde! —le zumbaba en los oídos.

Sin embargo, la tentación era otra vez más fuerte que su voluntad, como en aquel postrer momento sobre la cubierta del “Balkan”, cuando se clavaron sus ojos sobre el abrigo de raso...

Y repetía una y otra vez, mientras reanudaba la marcha hacia el teatro:

—Me encontré un salvavidas... Me arrojé al agua... y fuí nadando hacia la orilla...

Atravesó la calzada, llegó a la puerta.

El agua caía a cántaros y resbalaba desde la copa de su sombrero calándole los huesos al filtrarse por el cuello del abrigo.

Se encasquetó el sombrero hasta los ojos tras sacudirlo un momento a hurtadillas y penetró en el vestíbulo.

No había nadie.

Miró a todos lados con verdadera fruición.

Y de pronto...

—¡Sí; allí estaba!

Una placa mayúscula, enorme, en cuyo centro estaba su busto y sobre él y al pie de él esta leyenda en unas letras que se le antojaron fenomenales:

EN MEMORIA DE JOHN FORRESTER, HEROE DEL
“BALKAN”
QUE DIO SU VIDA POR SALVAR LA DE LOS OTROS.

¿Qué pasó por él en aquellos momentos?

No hubiera podido explicarlo.

Toda su vida de honradez, de esfuerzos realmente heroicos por llegar a la cima, por triunfar, por conquistar con desgarrones de su alma la estimación de las gentes, apareció ante sus ojos con toda su crudeza.

Y le pareció vivir unos momentos lo que sería su reaparición en aquel mundo, entre aquellas gentes, que le lloraban muerto, sí, pero le creían un héroe, lo que fuera toda su vida, lo que debió haber sido hasta el último momento... si no se hubiese acordado inoportunamente de que tenía corazón... de que era, no un autor excelso, sino uno más de los muñecos de la farsa.

Su resurrección la tomaban co-

mo un sarcasmo. Le injuriaban, le apostrofaban. Cubrían de inmundicias su lápida, su nombre, su busto. Y caían sobre él como furias golpeándole, arrojándole violentamente de aquella casa, que había dejado de ser suya desde el momento que les convenciera de que el ídolo, el héroe, era tan sólo un pelele...

Y John Forrester, retrocedió descompuesto, lívido, jadeante y salió del vestíbulo de “su” teatro y se adentró en la noche como un loco, balbuceando palabras incoherentes, tropezando con las gentes, que le miraban estupefactas...

Tal era su extravío que acudió un policía y le detuvo.

Sólo al sentir sobre su brazo la presión del puño del representante de la ley pareció salir de su atonía y gimió compungido:

—¡Suélteme! ¡Suélteme! ¡Estoy muerto! ¡Me iré! Me iré!...

¿Se trataba de un loco o era fingido aquel trastorno?

El policía le condujo al retén de guardia en donde fué interrogado por el comisario.

—¿Qué hacía usted por la calle dando gritos y atropellando a las gentes?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

John le miró con ojos estúpidos, como si volviera de un sueño.

—No sé... No me acuerdo...

—¿Cómo se llama usted?

Vaciló un segundo y contestó luego, de un tirón:

—Eric Jan.

—¿Y no recuerda usted nada?

—No... no... sé... Me iré, me iré.

—¿A dónde?

—A mi casa, señor comisario... a mi casa...

—Está bien—dijo el comisario al guardia que lo había detenido—. Que duerma aquí esta noche y si mañana está bien, lo pone usted en libertad.

Lo llevaron, no sabía dónde y ya en el calabozo, se dejó caer sobre el camastro como un pelele trágico y de bruces, sin conciencia de lo que hacía, lloró, lloró silenciosamente, largamente... le parecía que eternamente...

LA VIDA MISERABLE DE ERIC JAN

Ya no era él.

Definitivamente había muerto John Forrester.

Ahora, el que no fué "héroe", pero quería seguir siéndolo en el recuerdo de los suyos, se llamaba Eric Jan.

Con el dinero que aun guardaba de su pasada riqueza buscó un albergue humilde... y buscó trabajo.

Y empezó para él una existencia miserable.

Tuvo que dedicarse a los oficios más humildes, a aquellos que no

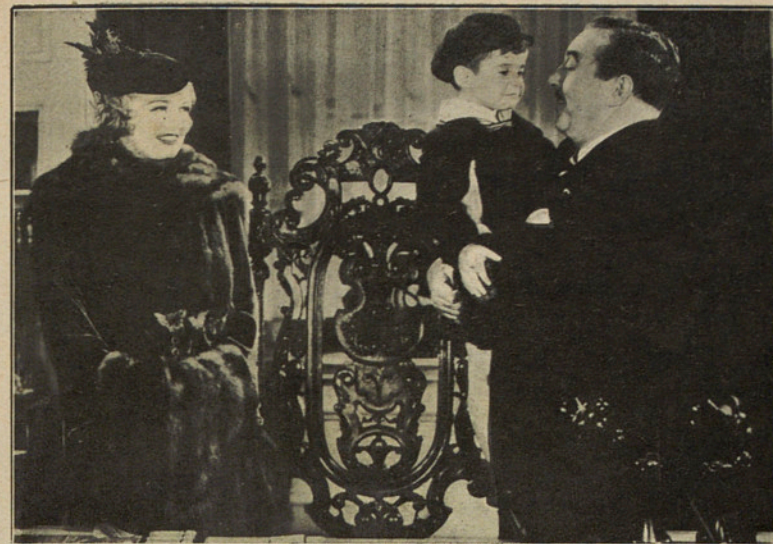
necesitan aprendizaje, que no requieren más que la paciencia y el esfuerzo de la bestia de carga...

Y fué basurero, y friega platos en un hotel de lujo, y camarero en un cafetín modesto...

Los oficios más duros, los más despreciables, los aceptaba ahora como una expiación.

Una expiación ¿de qué?, se preguntaba en sus momentos de lucidez.

Una expiación de no haber sabi-



—... mamá me ha comprado una boina para cuando vayamos en el vapor...



—Esos son los timbres para llamar a estos señores...



—Todos los capitalistas deben desaparecer...



Había hecho cuanto estaba en su mano para salvar a los demás.



—¡Tome y sálvese!



... y era de ver con qué solicitud prestaban sus socorros...



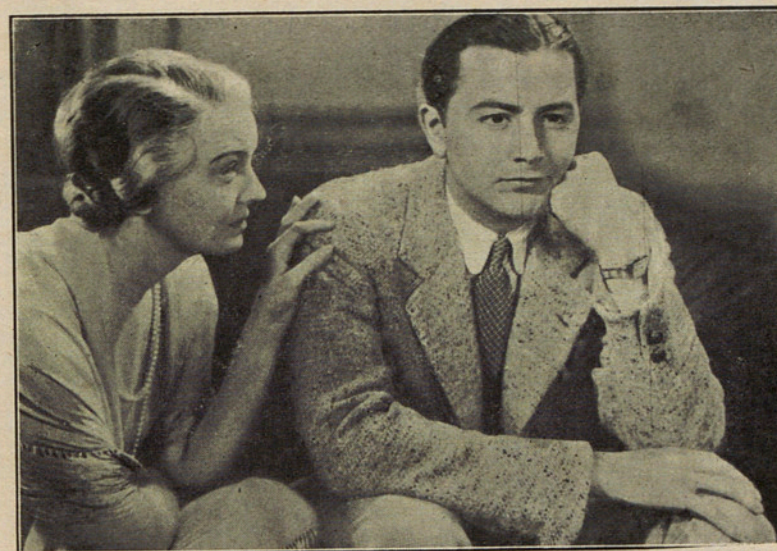
—¡Un hombre!—rugió indignado.



... y fué camarero en un cafetín modesto.



—Gracias, Alec, no lo olvidaré en mi vida.



—Es inútil que me digas lo que me digas.



¡No faltaba más, estrenar su Jackie y perderse él la función!



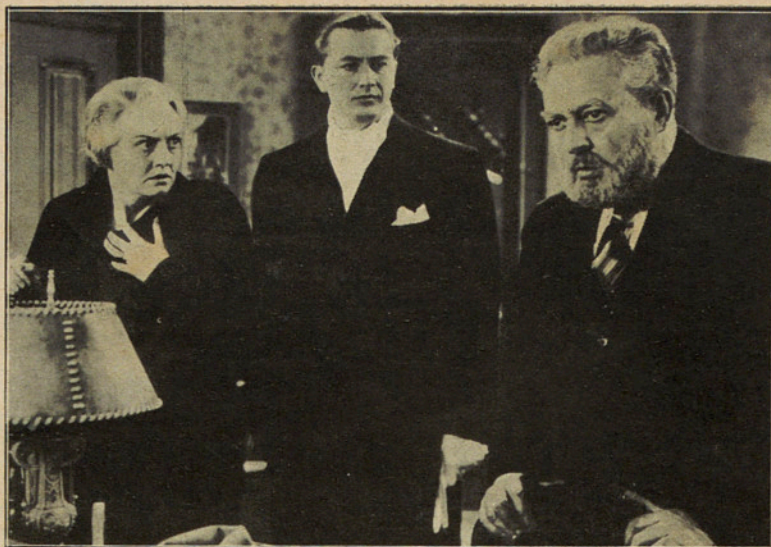
—¡Que no me gustan los embusteros y qué está usted aquí de más!



—En arte no se triunfa así como así, de la noche a la mañana...



—¡Bien, chiquillo, bien! ¡Aquí hay una idea soberbia!



—Me voy... ya lo ves... me voy.



—¡John!... ¡John! ¿Eres tú?

LO QUE LOS DIOS DESTRUYEN

do ser "héroe" y no haber sabido morir con un gesto gallardo...

¡Pobre muñeco del guignol de la vida!

... ..

Cuando sus horas de asueto se lo permitían, Eric Jan se dirigía presuroso a los parques, a los jardines, a los paseos públicos, a aquellos sitios en donde sabía podría ver a Jackie.

Todo el afán de su vida, ahora, era seguir paso a paso la de su hijo.

Ansiaba el pobre hombre verse revivido en él.

¿Qué no daría el pobre padre, por que su hijo triunfase en la vida, por que fuese admirado, querido y mimado por la fortuna como él lo fuera hasta aquel día terrible en que no supo ser valiente?...

¡Y qué alegría, qué satisfacción indecible, cuando oculto tras un árbol veía a su Jackie querido!

Entonces se humedecían sus ojos y en voz baja, muy quedo, para él solo, pero como si aquel a quien iban dirigidas le estuviese oyendo, qué cosas más tiernas le decía Eric Jan...

Verdad que todas aquellas mudas entrevistas, acababan siempre

igual... Nublándosele los ojos, hurgándole el dolor en las entrañas, sacudiéndole el cuerpo violentamente los sollozos...

Pero en medio de todo era feliz.

¡Oh, sí, feliz! ¡Se hubiera muerto de no poder vivir cerca de él!

¡La única ilusión de su vida!

¡Su hijo!

... ..

Ahora—sus aficiones no le abandonarían jamás—trabajaba como camarero en el restaurante de un teatrillo de las afueras.

No era un teatro propiamente dicho.

Eran más modestas sus pretensiones.

Era un escenario guignolesco, en donde un artista de barraca, pero endiosado con lo que él creía su arte, movía, merced a una complicada red de alambres y de cintas, unas figurillas que reproducían las más famosas estrellas del arte y la canción.

Eric Jan era feliz, cuando le dejaban entrar en el escenario, aunque fuera breves instantes.

Allí estaba en su elemento.

Se había dejado crecer la barba y a veces los hilillos de ésta supie-

ron de las caricias de las lágrimas, cuando en algún descuido de su amo le era permitido jugar unos segundos con los muñecos del teatrillo.

Un día, uno de sus compañeros, le dió la noticia.

Había muerto el conserje del teatrillo, Charles, un pobre tísico, que había dejado de toser para siempre.

Eric Jan no pudo reprimir un estremecimiento de júbilo.

¿Dureza de alma?

No. Egoísmo.

Como si le hubiesen quitado unos años de encima corrió al encuentro de su patrón.

Estaba éste en el escenario, a donde no le gustaba que fueran a importunarle, y al verle le apostrofó gruñón:

—¿Qué te se ha perdido aquí? ¡Largo en seguida!

—Mi amo... quería pedirle un favor...

—¿Un favor?

—Sí. Sé que ha muerto el pobre Charles y vengo a solicitar su plaza...

—¿Y qué sabes tú, que no sea fregar platos y llevar torpemente una bandeja?

—Poco... es verdad — contestó humildemente—, pero yo desempeñaría la plaza sin aumento de sueldo... y además le ayudaría en el escenario...

Lo miró de arriba abajo aquel ogro y murmuró al fin:

—Bueno... bueno... Está bien... Ya veremos...

Eric Jan salió del escenario reventando de gozo.

.....

A partir de aquel día su vida fué menos amarga y los años fueron transcurriendo relativamente felices.

Porque los años se ríen de las conveniencias sociales y pasan raudos, sin fijarse en miserias, desventuras...

Su Jackie ya no era aquel muñequillo insignificante que sólo aspiraba a saber tocar todos los timbres del despacho de su padre.

Jackie Forrester estudiaba ahora en la Universidad y había llegado a ser capitán de cadetes.

El día en que Eric Jan fué a ver el reparto de premios y lo vió cuadrarse militarmente ante sus jefes y recibir el galardón ganado en reñida pugna con sus condiscípulos,

olvidó todos los sinsabores de sus últimos años de miseria.

¡Aquel era su Jackie! ¡Suyo y únicamente suyo!

Y sí que supieron, aquella mañana luminosa, de las caricias de las lágrimas ardientes los pelillos plateados de la barba de Eric Jan...

Era para Eric aquello como un amanecer.

Se sentía revivir en aquel mozalbete gallardo y pinturero, que ya

empezaba a sobresalir entre los de su igual, como él, su padre, lo soñara siempre.

¿Qué le importaba ahora sufrir privaciones, pasar hasta hambre y aguantar las burlas y los improprios de su amo?

Era feliz, completamente feliz, porque toda su vida estaba condensada en el triunfo de otra y esa otra empezaba a triunfar...

EL PRIMER TROPEZON

Margaret estaba desconsolada.

Como el otro, como el héroe, aquella madre ejemplar lo había consagrado todo a su hijo.

Por verle subir poco a poco, brillar, distinguirse, hacerse hombre, lo había sacrificado todo.

Y ahora, cuando veía colmados sus afanes y empezaba a creer que el cielo la enviaba el lenitivo a sus dolores, aquel disgusto.

—Mamá—la dijo un día su hijo—, he decidido dejar los estudios.

Estaban presentes su madre y su tío Pedro, que se miraron estupefactos, como si acabase de explotar una bomba a sus pies.

—¿Cómo?—interrogó la madre que creía haber oído mal.

—¿Pero qué dices, muchacho?—preguntó con temblores en la voz el tío.

—Nada más que lo que he dicho: que dejo la Universidad.

—Pero, ¿por qué, desgraciado?—imploró la madre.

—Porque quiero ser autor, como papá, y empresario, como papá.

Tío y madre se miraron sorprendidos.

¿No esperaban aquella salida?

No se hubieran atrevido a afirmarlo.

Y el hijo de su padre, siguió:

—Sí, mamá; sí, tío... Veréis... Tengo una obra escrita... Una obra magnífica... Será un éxito, ya veréis... y Londres entero volverá a oír con admiración el nombre de Forrester...

—Pero, hijo mío...—arguyó llorosa la madre—. Dejar ahora los estudios... en pleno triunfo... cuando tus profesores están tan contentos...

—¡Bah, los estudios... los profesores!—exclamó Jackie irguiéndose retador—. ¿Y qué es eso junto al arte, junto a la gloria...? ¡Quiero ser autor, mamá! Es inútil que me digas lo que me digas. Piensa que soy hijo de un autor glorioso. Lo llevo en la masa de la sangre...

En vano fué que trataran de disuadirle.

Todo inútil; reconvenciones, consejos, hasta amenazas.

El muchacho era terco... como su padre.

—Dejadme probar... Yo sé que llegaré, mamá—repetía una y otra vez con orgullo—. Si viviera mi padre, lejos de disuadirme me alentaría...

—Pero él tenía experiencia... Había vivido toda su vida en este ambiente...

—Pero la primera vez, sería la primera vez—contestó Jackie como un argumento decisivo—. Y, además, ten en cuenta que ya no soy un chiquillo.

Hubo que dejarle.

Por otra parte los amigos antiguos del padre, empresarios y artistas, le dieron toda clase de facilidades.

No encontró una sola puerta cerrada.

Encontró compañía; la que actuaba en el teatro de su padre, que aun era suyo, de su familia.

Y la prensa le colmó de elogios en los días anteriores al estreno.

—¡Estaría escrito que fuese así!—acabó por murmurar la madre convencida.

—¡Hum! —gruñó el tío Pedro, que no era tan optimista—. ¡Ya veremos...! ¡Ya veremos...!

...

Cuando Eric Jan leyó la noticia

en los periódicos, creyó reventar de orgullo.

AL CABO DE LOS AÑOS VUELVE A LA ESCENA EL NOMBRE GLORIOSO EN EL ARTE DE LOS FORRESTER

EL HIJO DEL HEROE VOLVERA A REVERDECER LOS LAURELES DE SU PROGENITOR

A JOHN FORRESTER VA A SUBSTITUIRLE EN LOS EXITOS ROTUNDOS JACKIE FORRESTER

—¡Ya decía yo que era un Forrester legítimo!—clamó el buen padre.

Y había que ir al estreno...

Había que ir... pero ¿cómo?

A la misma hora en que iba a verificarse el estreno de la obra de su hijo había función en el teatrillo del que había llegado a ser una pieza insustituible.

Merced a sus trabajos y a su iniciativa, el teatrillo guignolesco había progresado notablemente y las audiciones se contaban ahora por llenos rebosantes.

Claro que el patrón no reconocía sus méritos y creía que el triunfo era debido a su única y personal intervención.

Trabajo le costó a Eric Jan inventar un pretexto.

Por fin se atrevió la noche antes del magno acontecimiento.

—Patrón...—le dijo balbuceante al terminar la representación nocturna—, mañana tendría que darme permiso...

—¿Para qué?—contestó el otro bruscamente.

—Para salir por la noche.

—¿Por la noche, eh?—gruñó el ogro, dispuesto ya a la negativa.

—Sí, señor... Se casa una sobrina mía—mintió atrevido—y tengo que ir a la boda...

—¡Ejem! ¡Una sobrina...! Bueno... bueno, veremos mañana...

Eric por poco da un salto.

Conocía el modo de ser y de decir de su patrón y aquello era un triunfo de sus propósitos...

Y fué al teatro...

¿No había de ir?

Estaba dispuesto a todo, incluso a perder la colocación.

¡No faltaba más, estrenar su Jackie y perderse él la función!

...

Fué un fracaso rotundo.

La obra no gustó y la protesta no fué violenta en respeto al nombre glorioso que llevaba el autor.

Ya en el primer acto, el público demostró su descontento de la manera más delicada posible: bostezando.

Al finalizar la representación, ni un aplauso.

Un silencio de plomo y allá arriba, donde más se enconan las pasiones, se oyeron algunos silbidos.

...

LEVANTANDO AL CAIDO

Era enorme el desconsuelo del pobre Jackie.

Terminado el espectáculo, hasta los artistas iniciaron la desbandada, sin decirle adiós.

Lo dejaron solo con su pena, con el dolor enorme de su fracaso, viendo derrumbadas por tierra todas sus ilusiones...

Sólo su madre y su tío Pedro, quedaron a su lado, no para consolarle, que hubiera sido tal vez peor, sino para no abandonarle a su desesperación que podía desembocar en algo irreparable.

Había sido tan rudo el golpe que

...

Al día siguiente los periódicos, los mismos que tanto le bombearan en los días precedentes al estreno, apenas si le dedicaban dos líneas para decir con rara unanimidad:

"La obra de Jackie Forrester, estrenada anoche, no fué del agrado del público."

Y nada más.

temieron alguna resolución extrema.

Abandonaron el escenario y subieron lentamente las escaleras que conducían a aquel despacho que la pobre Margaret conocía tan bien.

Ya arriba, el dolor tanto tiempo contenido estalló al fin y Jackie se dejó caer en el sillón estallando en unos sollozos impresionantes.

—¡No sirvo! ¡No sirvo!—exclamaba retorciéndose las manos convulsivamente—. ¡Qué vergüenza! ¿Para qué me sirve la vida? ¿Qué diría mi padre si levantara la cabeza...?

—Vamos, hijo mío—le consoló la madre, que hacía esfuerzos inauditos para permanecer serena—, ten valor... Otra vez será... ¡Qué le vamos a hacer...!

—¡Otra vez será! ¡Qué le vamos a hacer!—la remedó Jackie dolorido—. ¡No, nunca, nunca más, madre mía!

—¡Caramba, Jackie —intervino el tío—, ni que por eso se fuera a acabar el mundo!

—¡Para mí ya se ha acabado, tío!

—Pero ven acá, chiquillo... ¿Qué sabes tú del mundo, si apenas te has asomado a él...?

Hubo un silencio huraño, por parte de Jackie, y al fin, pareciendo serenarse un tanto, les dijo:

—Hacedme el favor... Iros... Dejadme solo...

Y al notar un gesto desesperado de su madre añadió:

—No temas, madre. Aunque diga el tío lo contrario, soy un hombre y sé hacer frente a la desgracia. Pero necesito estar solo. Es más vergüenza para mí veros delante. Dejadme.

Le obedecieron al fin y lentamente, con el alma transida, aquellos dos seres que tanto habían sufrido,

fueron descendiendo la amplia escalinata hasta llegar al vestíbulo y de allí ganar la calle.

Alguien les vió bajar y se escondió presuroso: Eric Jan.

También para él había sido el fracaso como una puñalada, como el derrumbamiento de todas sus ilusiones.

Aquel fracaso de su hijo le parecía un fracaso suyo.

Esperó a que se marcharan y ya solo miró hacia las ventanas de su despacho que daban a la calle.

Había luz.

Jackie debía estar allí arriba llorando su fracaso.

¡Pobre Jackie!

Y Eric, empujado por algo misterioso, superior a sus fuerzas, que derribaba en un segundo de un manotazo todas sus prevenciones de largos años, empezó a subir la escalinata.

¿A dónde iba?

Ni se lo había preguntado, ni hubiera sabido responderse.

Iba hacia el destino.

Y llegó arriba.

Empujó la puerta de cristales que comunicaba con las oficinas y entró.

Un momento se detuvo en el umbral.

¡Cuántos años que no penetrara allí!

¡Y todo estaba igual, como un culto de todos a su memoria...!

Allí estaba también Jackie, de bruceas sobre la mesa, llorando, como lo que era, como un chiquillo.

Eric se acercó lentamente, mirándolo con una piedad infinita, con un dolor tan íntimo, que todo el cuerpo de aquel hombre era corazón en aquellos momentos.

Unos pasos más y podría tocarlo.

Y los dió y su mano se apoyó sobre uno de los hombros del muchacho. Este, que se creía solo, dió un respingo y se puso bruscamente en pie.

—¿Quién es usted? — preguntó sorprendido.

Eric no se atrevía a hablar y aún atreviéndose no sabía cómo empezar. Tenía miedo de que no le dejaran hablar, y tenía miedo de decir demasiado.

Al fin, brillándole en los ojos llorosos todo el amor que atesoraba su alma, murmuró entre balbuceos:

—Vi su obra...

Jackie hizo una mueca sarcática.

—Pésima, ¿verdad?

Eric Jan daba vueltas al sombrero entre sus manos.

Movió la cabeza intentando sonreír.

—En arte—articuló al fin tras un esfuerzo supremo—no se triunfa así como así de la noche a la mañana. La obra no es mala. Tiene escenas bien concebidas y frases que no se hubiera desdeñado su padre de suscribirlas.

En el estado de agitación en que se hallaba, incapaz de otra reflexión que no fuera la de dar rienda suelta a su ira y su despecho, Jackie tomó aquellas palabras dichas con un profundo acento de conmiseración, como una burla sangrienta, y, señalando indignado hacia la puerta, exclamó:

—¿Acaso viene usted a burlarse de mí? ¡Fuera! ¡Fuera de aquí inmediatamente!

Eric Janson comprendió y disculpó aquel arrebató y, tras un corto silencio, continuó reposadamente:

—Hace usted mal en irritarse conmigo. Lo que digo lo digo por su bien.

—Pero, en definitiva, ¿quién es usted? ¿Qué sabe usted de estas co-

sas? — preguntó Jackie cada vez más impaciente.

Eric, ya más dueño de sí, al ver que el arrebató colérico iba desapareciendo, prosiguió así, mientras una sonrisa indefinible asomaba a sus labios:

—Fuí muy amigo de su padre de usted. En muchas ocasiones, puedo decir que no desdeñó mi consejo. Y no es que su padre no fuese orgulloso, a su manera, pero sabía dominarse.

Jackie al oír este reproche indirecto, bajó la cabeza como si empezara a arrepentirse de sus arrebatos.

Hemos de decir, no obstante, que lo que más le molestaba en aquellos instantes es que pudieran tomarse por chiquilladas.

—Y usted que conoció a mi padre, que dice que trabajó con mi padre, ¿afirma que mi obra no era mala?

—Y no lo es, no señor—afirmó de nuevo Eric, esta vez ya con más seguridad y complacido íntimamente del giro que iba tomando la conversación—. Hay cosas, que sin ser malas, van al fracaso en las tablas, por estar mal planeadas.

Jackie empezó a mirarle con cu-

riosidad y a escucharle con interés, aunque sin desaparecer su gesto adusto.

—Ahora bien—prosiguió Eric—, debo decirle, como se lo diría su padre: el orgullo desmedido es perjudicial en el arte que usted trata de emprender. Bien que se sea orgulloso, pero hay que ser ante todo comprensivo.

—Sí, ya sé lo que va usted a decirme—rió sarcástico Jackie—. Lo que me dice mi madre, lo que me dice mi tío: que soy un chiquillo.

—Aunque su madre y su tío sean dos personas de talento, no comparto absolutamente su opinión, que después de todo está inspirada en el profundo cariño que le tienen. Es usted joven, sí, pero tengo la seguridad de que tiene usted condiciones para seguir la senda que ha emprendido.

—¿Cree usted que tengo condiciones — repitió Jackie montando nuevamente en cólera—después de la repulsa unánime del público a mi obra?

—El público, amigo mío, es también un chiquillo grande, y el público se equivoca muchas veces, bastantes más que los autores. Al público, lo que pasa, es que hay

que saber servirle las dosis. Además, que un fracaso no quiere decir nada.

—¡Ah! ¿No?—preguntó Jackie con una sonrisa de burla.

Y, sin embargo, allá en el fondo de su alma, empezaban a hacer mella las palabras y los consejos de aquel viejo tan simpático.

—No señor — afirmó rotundamente éste—. Su padre de usted también fracasó. Y vuelvo a repetirle lo que le dije antes y que tanto pareció molestarle: en arte no se triunfa así como así de la noche a la mañana.

Callaron un momento.

Sin quererlo confesar él mismo, Jackie se sentía dominado por aquella voz que ya ahora le parecía la de la sinceridad.

—Entonces — dijo al fin Jackie poniéndose en pie y cogiendo el abrigo para marcharse — ¿usted cree que aun puedo esperar?

—¡Claro que sí!—exclamó Eric ayudándole a ponerse el abrigo—. El genio es una larga paciencia. El hombre verdaderamente genial no debe desesperarse por un revés de la suerte o de su incomprensión momentánea.

Jackie abrió la puerta y salió.

Eric marchaba a su lado sonriendo al ver que el muchacho iba calmándose poco a poco.

—¿Sabe usted lo que hubiera hecho su padre de haberle ocurrido esta noche lo que a usted?

—¿Qué hubiera hecho?

—Empezar inmediatamente otra obra. Yo, que le conocía perfectamente, puedo afirmárselo. Su padre, aún lamentando mucho su fracaso, se hubiera aislado, hubiera reconocido su yerro si lo hubo y ya en su despacho, y ante la primera cuartilla, no se hubiera entregado al descanso sin haber dejado planeada la primera escena de la nueva obra.

Descendían la escalera y ya en el portal, Jackie se dirigió lentamente a su coche, un dos asientos coquetón, que le esperaba a la puerta.

—¿Es que no tiene usted ningún asunto pensado para su nueva producción?

—¡Ah, sí!—exclamó Jackie brillando un momento sus ojos—. Tengo uno maravilloso.

—Pues a la obra, amigo mío, a la obra, que yo le garantizo que usted ha de llegar, en plazo no muy

lejano, a saborear las mieles del triunfo.

Jackie había tomado asiento en su auto y se dispuso a partir.

—¿A dónde va usted?—preguntó a su nuevo amigo de aquella noche.

—A mi casa.

—Pues suba y le llevaré hasta allá. Su conversación y sus consejos han sido lo único agradable de esta noche de pesadilla.

No se hizo repetir la orden Eric y un momento después rodaban lentamente por las calles de Londres sumidas en el silencio y en la bruma.

—Olvídese, por un momento, de cuanto ha pasado—decía Eric.

—Pero, ¿podré hacerlo?—preguntó Jackie con angustia viendo desfilar nuevamente ante su vista todas las escenas de aquella noche de crueles sufrimientos y amargas decepciones.

—Ya le he dicho a usted antes, que una de las condiciones indispensables para triunfar es el tener voluntad. Propóngaselo y olvidará en el acto.

Habían llegado a la puerta del zaquizamí en que vivía Eric, según las señas que diera a su hijo.

Este, parando en seco el auto, le dijo:

—¿Me permite que suba con usted?

—¡No habré sido tan feliz en mi vida!—exclamó Eric poniendo en sus palabras todo el gozo en que se bañaba su alma.

Ya arriba, Jackie, sin saber por qué, notó que iba recobrando la tranquilidad paulatinamente.

En cuanto a Eric, estaba en sus glorias.

—Explíqueme usted el argumento de esa nueva producción que proyectaba. Usted habla y yo iré haciendo mis observaciones si usted me lo permite.

El muchacho se sintió subyugado por el tono verdaderamente paternal de aquella voz amiga y serenándose por completo empezó a hablar.

Y a borbotones, tropezando aquí, afirmando el paso allá, con un balbuceo simpático, la nueva trama iba saliendo de los labios de Jackie.

Eric Jan le miraba extasiado.

Había conseguido obrar el milagro de la voluntad en aquella naturaleza joven y, por tanto, impetuosa.

Lo demás vendría luego.

ERIC JAN CAMBIA DE OFICIO

Al día siguiente, Eric Jan volvió a su trabajo en el teatrillo, plenamente satisfecho de sí mismo.

Se sentía otro hombre y hasta sus mismos compañeros conocieron que algo extraño le pasaba.

—¿Hemos tenido algún buen sueño esta noche, Eric? — le preguntó uno de los ayudantes del patrón.

—¡Oh, sí! ¡Maravilloso! — dijo el viejo.

Y él, que apenas hablaba nunca, se sintió locuaz aquella mañana.

Su locuacidad, no obstante, fué de corta duración.

Había llegado el patrón y aquel hombre tenía un sello, como todos lo tenemos, sino que el suyo, al revés de la mayoría de las gentes, era el del mal humor perpetuo.

Ni reía, ni podía sufrir que rieran los demás.

Los que trabajaban a sus órdenes lo sabían por experiencia y se limitaban simplemente a contestar cuando él decía algo, que, como decimos, era raras veces.

Pasaron unos minutos y el patrón, que estaba leyendo el periódico, dijo de pronto:

—¡Vaya! La nueva obra del hijo de Forrester, estrenada anoche, ha sido un rotundo fracaso.

Eric empezó a prestar atención.

—¡Me alegro! — continuó aquel ave de mal agüero—. ¿Qué se creería el presumido ese, que por ser hijo de su padre...?

Eric se mordía los labios hasta hacerse sangre para no protestar.

—Además — continuó el patrón —, por lo que se desprende de lo que dice el periódico, la obra era un perfecto buñuelo.

Eric no pudo contenerse.

—Pues no era tan mala — interrumpió.

—¡No era mala, no era mala! — gruñó el patrón.

—O a mí, al menos, no me lo pareció — terminó Eric sin fijarse en lo que decía.

El patrón se le quedó mirando de hito en hito.

—¿A usted no se lo pareció? ¿Acaso la ha visto?

—Claro que la he visto. Yo no hablo más que de lo que veo por mis propios ojos, y la obra de anoche...

Pero el ogro no le oía.

Poniéndose en pie de un salto avanzó hacia él con el rostro descompuesto.

—¡De modo que esa era la sobrina que se casaba anoche! ¡Se va a ver un esperpento y encima me me estropea a mí la función haciendo que me falte un ayudante! ¡Pues hombre, no está mal! Mire, ¿sabe lo que he pensado? ¡Que no me gustan los embusteros y que aquí está usted de más!

—Pero... — trató de protestar Eric compungido y reconociendo aunque tarde su torpeza.

—No hay pero que valga. Recoja todas sus cosas y a la calle. ¡Pero que ahora mismito!

Eric hizo lo que le ordenaban sin rechistar.

¿Para qué, si sabía que era inútil?

Un momento después estaba en la calle, sin saber de dónde iba a llegarle la comida en lo sucesivo.

Pero en el fondo estaba contento.

Le habían despedido por defender a su hijo.

¿Qué le importaba ahora la miseria, si había vuelto a hallar a su Jackie y éste le esperaba impaciente aquel día y le esperaba en lo sucesivo?

Además, ya encontraría trabajo en otra parte.

Un mendrugo es fácil de ganar y en cambio inauguraba una nueva profesión: la de guía y consejero de su propio hijo.

¡El sueño dorado de toda su vida!

Lo que le había hecho vivir a pesar de su cobardía.

...

A la hora convenida, puntualmente, Jackie llamaba a la puerta de su mísera vivienda.

Empezaron la labor.

Jackie, ante la máquina de escribir se afanaba en emborronar cuartillas y cuartillas.

Escribía atolondradamente, sin un plan fijo, al azar, a lo que saliese y, como es natural, en estas condiciones, la obra no adelantaba y la desesperación iba apoderándose poco a poco del autor en agraz.

—¡No puedo! ¡No puedo! — exclamó en un momento de arreba-

to—. ¡No llegaré jamás a hacer nada de provecho!

Pero Eric Jan estaba allí y su paciencia, su voluntad sin límites lo orillaba todo.

Hablaba, hablaba con persuasión, con cariño.

—No te pongas así, hombre. No dudes, no vaciles. Vamos a ver, termina esa escena. Escribe...

—No puedo, amigo mío, no puedo. Soy una calamidad.

—Y yo te aseguro lo contrario. A ver, dame esas cuartillas.

Y Eric Jan empezó a leer aquella nueva producción.

Tenía razón el muchacho: aquella obra era negativa.

—Mira, Jackie, y permite que te tutee. Para escribir bien, hace falta escribir con el alma. Querer que salgan las obras de mogollón, es acariciar un sueño irrealizable. Tú estás bajo el peso de una decepción y quieres salir de ella mecánicamente.

—¿Y cómo se hace eso?

—Ya te lo dije anoche. Olvida, olvida el fracaso de tu primera obra. Lima el orgullo. Piensa como si no hubieras escrito nada en la vida. Encaríñate con un asunto, planéalo a fondo, desmenúzalo. Y

cuando hayas hecho eso, cuando libre de prejuicios sea el pensamiento el que te dicte, ponte a la máquina y escribe.

Jackie le oía huraño, ceñudo. La labor le parecía superior a sus fuerzas.

—Mira—le dijo su padre—, vamos a paseo un rato. Te distraerás. Te llevaré a sitios de Londres que tú no conoces. ¿Te has fijado alguna vez en primavera en el encanto de nuestros jardines?

Y salían cogidos del brazo y andaban, andaban por entre las plantas y las flores.

Y Eric continuaba su obra pacientemente, religiosamente y poco a poco iba infiltrando el optimismo en aquella alma lacerada.

... ..

... ..

Pasaron los días.

Jackie Forrester era otro hombre.

Reía y soñaba.

Y sus sueños iban precisándose, adquiriendo consistencia.

¡Cuántas tardes se pasó sentado en el poyete de la ventana de aquel quinto piso de su padre, mirando a la vida allá lejos, por encima de las azoteas, en el verde de los campos!

El amor de un padre y el influjo benéfico de la primavera iban haciendo su obra lentamente en aquel corazón de veinte años.

Y fué una noche en que, para respirar mejor, habían abierto todas las ventanas de par en par y en mangas de camisa, despechugado, Jackie respiraba a pleno pulmón las brisas enervantes de mayo, cuando surgió en su mente la idea, pero la *idea*, la verdadera, la grande, la prolífica.

Permaneció un momento como deslumbrado, atónito ante lo desconocido.

Luego, de pronto, dió un salto, batió alegremente las palmas y abrazando a Eric con una efusión desbordante, alborotó ebrio de gozo:

—¡Ahora sí, ahora creo que la tengo!

—¡No te lo decía yo!—exclamó Eric riendo como un niño.

—¡Deme cuartillas! ¡Pronto! ¡Que no se escape la ingrata!

—¡No se escapará, no temas, y si lo intenta, aquí estoy yo para cerrarle las puertas!—afirmó cómicamente Eric.

Pero Jackie ya no le oía.

Fija la primera cuartilla en la

máquina, sus dedos empezaron a bailar aceleradamente sobre las teclas una verdadera zarabanda.

Pasaban las horas y seguía escribiendo, febril, apresurado, sin sin noción del tiempo.

Eric le miraba embobado, recogido en sí mismo, mudo, silencioso, conteniendo hasta el aliento.

Se hundía en sí mismo.

El también iba escribiendo allá dentro en lo más recóndito de su alma, su obra, la obra cumbre de su vida: el HIJO.

... ..

—¡Tome! ¡Lea! —exclamó Jackie Forrester entregando con ademán de triunfo la última cuartilla, aquella en que se leía en letras mayúsculas, que de pura nerviosidad al picarlas formaban casi una escala: TELON.

Eric Jan obedeció y temblorosas las manos y bailando más de una vez ante sus ojos las letras, empezó a leer.

Conforme adelantaba en la lectura, su rostro se distendía, se redondeaba en una sonrisa amplia, grande, inmensa.

Aquello sí, aquello era arte.

¿Logrado, completo?

No, todavía no, pero era el embrión de una obra colosal.

—¡Bien, chiquillo! ¡Muy bien! —exclamó al finalizar la lectura—. ¡Aquí hay una idea soberbia!

—¿Una idea nada más?—exclamó Jackie desencantado.

—Y la esperanza de una realización. Pero ten en cuenta, Jackie, que las obras teatrales no se escriben para que las lea el público, sino para que las vea representadas.

—No le entiendo.

—Me explicaré.

Eric Jan hizo una pausa y se recogió en sí mismo.

—Vamos a ver si sé explicarme y si tú sabes entenderme. Tu obra es magnífica. Lo que pudiéramos llamar el guión de ESTO—continuó agitando en el aire el montón de cuartillas—es soberbio. Pero le falta algo, ¿qué digo algo? Le falta mucho. No, no te aflijas. Lo que a ti te ocurre es natural.

—¿Lo cree usted así?—preguntó escéptico Jackie.

—Claro que sí, hombre. Tú tienes el verbo, pero te falta la experiencia teatral. Una frase leída puede ser bellísima. Dicha, simplemente dicha, fíjate bien en lo que

digo, y según de qué manera se diga, más, pierde todo su encanto y en muchas ocasiones no es más que una frase vulgar.

—No le entiendo.

—Ten paciencia, muchacho. Vamos a ver. ¿Tú crees, por ejemplo, que no esta obra, sino la mejor joya de nuestro teatro, sin aparato, sin presentación, sin aderezo, en una sala desnuda y leída por un actor mediocre vestido de paño burdo, tendría éxito?

—¡No!—dijo rotundo Jackie.

—Pues eso es lo que le ocurre a tu obra. Tiene efectos bellísimos, que tú mismo no has sabido aún apreciarlos en toda su integridad. Hay en ella pensamientos que no están más que esbozados. Escenas, cuya grandiosidad la adivino yo, que soy, como vulgarmente se dice, perro viejo, pero que no llegan, que no llegarían al público.

—Empiezo a comprender—murmuró Jackie ya más dueño de sí.

—Gracias a Dios. Pues eso, el pulimento, la vestidura, podríamos decir, es lo que vamos a intentar a partir de este mismo instante.

—¿Y cómo?

—Muy sencillo. Tú me prestas

tu inspiración, tu nervio, tu juventud y yo te daré mi experiencia y mis marrullerías de viejo experimentado en asuntos teatrales. ¡Ya verás qué cosa más formidable va a salir de estas cuartillas!

—¿Lo cree usted? —preguntó Jackie temblando de emoción.

—¡Estoy totalmente seguro, muchacho! ¡De esto—y volvió a agitar las cuartillas en el aire—, de esto, va a hablarse en Londres un rato largo!

Y Eric Jan, el héroe y Jackie Forrester el fracasado se fundieron en un abrazo apretado interminable!

Y EL MILAGRO SE HIZO

Se hizo, sí.

Y fué un verdadero milagro.

Pacientemente, escena a escena, más aún, parlamento a parlamento, Eric Jan fué modificando la obra, no en su esencia, sino en su forma.

Realmente—esto no lo veía en su ceguera de padre, ni de momento Jackie, en su orgullo de autor novel—, la obra que iba saliendo pacientemente de sus manos, no era ya la obra de Jackie, sino una más de sus concepciones geniales, las que le dieran nombre y popularidad imborrables.

Para las gentes tal vez siguiera llamándose Eric Jan, pero a partir

de aquel momento volvía a ser John Forrester.

Sus entrevistas con Jackie, que habían acabado por ser una sola, pues el muchacho, ilusionado con la promesa del triunfo, vivía más en la casa de Eric que en la de su madre, sus entrevistas, repetimos, eran un diálogo interminable, que poco a poco fué convirtiéndose en monólogo, pues Jackie le dejaba hacer y le dejaba hablar, reconociéndole ahora como un ser superior.

Y John, que se había vuelto a encontrar a sí mismo, revivía aquellas sesiones en su antiguo despacho, ante sus colaboradores y empleados, en las que iba exponiendo

a éstos detalladamente sus planes maravillosos.

No era ya sólo la obra la que corría.

Trazaba las escenas sobre las tablas.

Preparaba la escenificación.

Es vestuario.

El decorado.

Los intermedios y acompañamientos musicales.

Jackie le oía embobado.

—Tenía usted razón aquella noche. Esto es una obra y no el monstruo incompleto trazado de prisa y corriendo en unas cuartillas y que yo me atreví a estrenar. Fué bien merecido mi fracaso.

—Tanto como eso—exclamó deteniéndose un punto en su improvisación Eric Jan.

—Sí, merecido, merecidísimo — insistió terco Jackie.

Eric apenas le oía.

Estaba entregado por completo a su labor constructiva y para él, en aquellos momentos, Jackie no era otra cosa que un colaborador más.

—Mira. Fíjate bien en este final de acto.

Y accionaba al hablar, como si se viese en el escenario, como si viviese lo que iba diciendo.

—Ella, sin fijarse en que él, arrepentido de su falta, trata de seguirla, avanza por el claustro desierto, bañado por la luz cenital. Un efecto de luz soberbio.

—¡Magnífico!—murmuró Jackie subyugado.

—Allá dentro cantan los coros y sólo se oye la música del órgano, lenta, pausada, grave.

Jackie oía a aquel hombre con la boca abierta, mientras se preguntaba a sí mismo en los momentos de lucidez:

—¿Y ésta es mi obra?

—Y ella avanza, avanza hacia el altar mayor en donde la espera El, con los brazos abiertos siempre, el que murió en la Cruz por perdonar a los que le mataban.

"Doblan las campanas.

"Sigue gimiendo el órgano, en un lamento apenas perceptible, pero que llega al fondo de las almas. Ya está en el presbiterio. Sube las escaleras lentamente.

"Y cuando la voz del órgano parece rota en un sollozo indefinible, ella alza los ojos a lo alto, junta las manos en un ademán de súplica desgarrador y cae de espaldas, rota, deshecha, con los brazos en cruz, como un reflejo, en el mármol del

suelo, de aquel otro Crucificado que la mira misericordioso desde el altar.

—¡Magnífico! ¡Enorme!—exclamó Jackie—. ¡Es usted algo genial! ¡Oh, a mí no se me hubiese ocurrido eso jamás!

—No digas tonterías. Se te hubiese ocurrido y se te ocurrirá con el tiempo, cuando tengas lo único que valga que yo tengo: la experiencia.

—Y su talento.

—¡Bah! Eso lo tienes con creces.

Y como viera que Jackie le miraba admirativo y apenas se atrevía a hablar, continuó sosegado:

—Mira, Jackie, si tu no hubieras escrito la obra y en ella ese final de acto, a mí no se me hubiera ocurrido jamás completar esta escena. Tú has puesta la masa, yo no he hecho más que modelarla: lo más sencillo.

—No, lo más difícil.

—Lo más sencillo, vuelvo a repetir. La idea es lo que vale. Sin primera materia no puede haber obra perfecta en este mundo.

—Eso lo dice usted para que siga creyéndome que he hecho algo genial—gimió Jackie dolorido.

—Eso lo digo porque es verdad.

Y como viera que su hijo estaba bajo el peso de una pena honda, lo atrajo hacia sí y, abrazándolo cariñosamente, murmuró:

—Ven aquí, Jackie. No seas niño. ¿A quién se le ocurrió primero la idea de la obra?

—A mí.

—¿Quién la planeó?

—Yo.

—¿Quién la llevó a la práctica en las cuartillas?

—Yo.

—¿Ves como es tuya?

—¿Y quién la hizo otra nueva? —preguntó terco Jackie.

—¡Volvemos a empezar!

Y para disipar de una vez aquella nube de tristeza que amenazaba convertirse en nubarrón tormentoso, terminó dándole unas palmaditas cariñosas en el hombro.

—¿Quieres que digamos la verdad, tú la tuya y yo la mía?

—...

—La obra es de los dos. ¿Estás contento?

—¡Oh, sí! ¡Ahora sí!

—¿Será la primera obra que han escrito dos hombres en colaboración?

—No.

—Pues basta de discusiones y

ahora a dar un paseo y a descansar. Mañana empezaremos la labor más difícil. La de acoplamiento práctico.

Un momento después paseaban por el parque como dos buenos amigos.

Eric Jan iba explicando el modo de llevar a la práctica la realización de sus planes.

Conocedor de todo el mundillo teatral, iba indicando a su hijo quiénes serían a su juicio los mejores intérpretes de los diferentes papeles de la nueva producción.

—Conozco una actriz que encarnará maravillosamente la nueva protagonista. Es lo más difícil y hay que escoger con tiento.

—¿Y él?—preguntó Jackie.

—¡Oh, por actores no me preocupo! Los hay excelentes en nuestro teatro.

Los castillos se forjaban en el aire con una consistencia de fortalezas inexpugnables.

—Habrás que pensar en el dinero. Tienes que convencer a tu madre y a tu tío de que financen la obra. Pero no les hables de mí—se apresuró a añadir.

—¿Por qué?

—Porque no me conocen y po-

drían creer que te empujaba a una empresa dudosa por propia ambición. No, es mejor que no les digas nada. La obra es tuya y como tuya exclusivamente ha de figurar en los carteles.

—Eso no — protestó enérgico Jackie.

—Eso sí. Es así y debe ser así. Fracasaste solo y debes triunfar solo. Va en ello tu porvenir, o no volveré a aconsejarte en la vida.

Jackie no parecía del todo convencido.

Al fin, tras unos momentos de silencio embarazoso, alzó la cabeza decidido como si acabase de hallar una idea y dijo:

—Bueno. Será así. Lo demás lo dejaremos al tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

Y para que Eric no desconfiara, añadió cambiando de tono:

—Decía usted que hacía falta que mi madre finance la obra. Hoy mismo le hablaré de ello. En cuanto a mi tío, aunque más testarudo, acabará por hacer lo que yo le diga. No dejaría a un Forrester en la estacada.

Eric Jan estuvo a punto de decir:

—¡Si lo sabré yo!

Pero se contuvo a tiempo y se limitó a dejar flotar en sus labios una sonrisilla maliciosa.

—Luego—dijo tras una pausa—tendremos que ir al teatro y examinar sobre el terreno lo que conviene hacer. Yo te indicaré la forma en que has de colocar el decorado y preparar los efectos.

—¿Pero no va usted a dirigir conmigo los ensayos?

—No. Eso haría sospechar. Hemos quedado en que la obra se estrenará como exclusivamente tuya.

—Pero....

—No hay pero que valga. Mañana iremos solos tú y yo al teatro

y sobre el terreno te iré indicando lo que a mí me parece más conveniente y tú exponiéndome las ideas que se te ocurran.

—Aparte de esto, y después de mis explicaciones, tú debes reunir a los antiguos colaboradores de tu padre y exponerles estas ideas.

—Ellos te aconsejarán noblemente, como siempre lo hicieron con John Forrester, y ¿quién sabe? Tal vez se le ocurra a alguno algún detalle genial en que no hubiéramos pensado nosotros.”

Y murmuró, como si hablase para él:

—No sería la primera vez.

EN PLENO TRIUNFO

Todo fué saliendo como Eric Jan lo planeaba.

Tras algunas vacilaciones y aunque no muy convencida de que aquello fuera lo mejor, Margaret Forrester acabó por acceder a los deseos de su hijo y financió la obra.

El tío Pedro fué un poco más difícil de convencer.

Sólo después de una lectura en privado y de unas explicaciones complementarias de la obra, se mostró propicio a prestarle su ayuda a Jackie.

Al terminar esta primera lectura—esto no se lo hubiera dicho nunca a su sobrino—el buen viejo, verdaderamente maravillado, volvía hacia sus habitaciones murmurando:

—¡Decididamente, este chiquillo es un Forrester!

... ..
... ..

La visita de Eric Jan y Jackie al escenario se verificó en secreto, a solas, como lo solicitara el viejo.

Ya allí, con una emoción comprensible al verse en el lugar escogido de sus triunfos, Eric fué dando a su hijo explicaciones minuciosas.

Más de una vez, durante el curso de éstas, Jackie le miraba con admiración y como sorprendido de verle pisar aquel terreno con pie tan firme.

—Cualquiera diría que se ha pasado usted aquí toda la vida.

—Y diría la verdad.

—Conoce usted el teatro palmo a palmo.

—¿No te he dicho más de una vez que fuí un amigo íntimo de tu padre? No tuvimos jamás secretos el uno por el otro.

—¡Cuánto me gustaría que estuviese ahora con nosotros! —exclamó Jackie en un impulso irrefrenable.

Eric volvió la cabeza para que no se viera aparecer una lágrima en sus ojos.

—Los muertos, no están a veces tan lejos de nosotros como parece

—murmuró con una voz que llegó al fondo del corazón de Jackie.

... ..
... ..

Se encontró la actriz que señalara Eric.

Cuando Jackie se lo comunicó alborozado, exclamó:

—Empiezo a creer, muchacho, que todo va a salirnos al fin mejor de lo que habíamos pensado.

En pocos días estuvo reunida la compañía necesaria y empezaron los ensayos.

Jackie estaba febril, impaciente, nervioso. Ansiaba y temía al mismo tiempo que llegase la noche del estreno.

Eric, por su parte, parecía otro. Había rejuvenecido diez años en unos días. Creaba, esto era todo. Como en sus tiempos felices. Y aquella convivencia casi continua con su Jackie—el anhelo de toda su vida — le hacía olvidar todos sus sinsabores pasados.

Ya no se acordaba ni del "Balkan", ni de aquel maldito abrigo de raso que en un momento aciago (?) viera sobre una silla de tijera.

... ..

La prensa, aquella misma prensa que tan fría y casi tan descortés se mostrara con Jackie a raíz de su fracaso como autor, volvía ahora a gemir alabanzas en honor suyo.

JACKIE FORRESTER VIENE POR EL DESQUITE

SE ANUNCIA UNA NUEVA OBRA DEL HIJO DEL HEROE DEL NAUFRAGIO DEL "BALKAN"

Y bajo estos titulares llamativos, frases de olvido para lo pasado y de aliento para lo por venir, presagiando un éxito clamoroso a la nueva producción.

... ..
Y llegó al fin la noche del estreno.

Aquella noche tan ansiosamente esperada por Jackie.

¿Le ocurría lo mismo a Eric Jan? Sí y no.

Deseaba que llegara el estreno, para que fuera un triunfo clamoroso, como él le pedía a Dios que le deparase a aquel hijo querido que le había hecho vivir su segunda vida de miserias.

Y por otra parte temía.

Temía, sí, que a la puerta del teatro, después del triunfo, quedase

como un guiñapo arrojada a la calzada toda su felicidad, aquella felicidad que saboreaba ahora con verdadero sibaritismo.

El teatro, "su" teatro, el que aún seguía llamándose "Teatro John Forrester", ofrecía aquella noche el aspecto de las grandes solemnidades, de aquellas noches de triunfo apoteósico en que el buen pueblo londinense aclamaba al ídolo.

Eric Jan había buscado una localidad apartada, allá en el fondo de la sala.

Quería pasar inadvertido.

Se alzó el telón en medio de un silencio sepulcral.

La gente esperaba algo, pero estaba aún influenciada por el recuerdo de aquella otra noche en que tras la espera emocional sólo se le sirviera una decepción.

Desde las primeras escenas, se quebró la frialdad.

El público entraba de lleno en la obra.

Eric Jan—John Forrester—se sobrevivía y sus trucos maravillosos, su aparatosa presentación escénica volvían a cautivar al público y arrancar frenéticas ovaciones.

Al finalizar el primer acto, el patio de butacas, los corredores de los

palcos, los pasillos, el gallinero, eran un hervidero.

—¡Precioso!

—¡Colosal!

—¡Maravilloso!

—¡Es un verdadero Forrester!

—¡Como si aun viviera el viejo!
¡Lo mismo!

Y así hasta el infinito las frases elogiosas, admirativas, de homenaje férvido al talento del vivo y a la memoria del "muerto".

Toda la representación marchó como sobre ruedas y cuando en el último acto llegó a aquella escena de la capilla, tan soberbiamente compuesta por el genio creador de Forrester, cuando a los acordes majestuosos del órgano avanzó la protagonista hacia las gradas del altar, los espectadores habían enmudecido, conteniendo la respiración, saturándose de una emoción extraordinaria...

Y en el momento cumbre, al rodar la actriz por el suelo, escalón a escalón, los bravos, las palmadas, las ovaciones delirantes ahogaron en su tableteo incesante las últimas notas del órgano...

Cayó el telón y se desbordó el entusiasmo.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Colosal!

—¡Magnífico!

Y una vez y otra levantóse la cortina.

—¡El autor!

—¡El auter!

Así gritaban por todas partes mil voces enardecidas.

Allá, entre bastidores, Jackie, a quien acompañaban su madre y su tío, estaba como clavado en el sitio, húmedos los ojos, temblándole las piernas, como si fueran a doblarse.

Más de una vez tuvo que apoyarse para no caer.

Aquello era el triunfo, era la gloria con la que soñaba en aquellas interminables noches de insomnio...

¡Por fin!

El triunfo era suyo, suyo...

Pero... ¿era realmente así?, se preguntaba recordando la simpática figura de Eric Jan, aquel hombre realmente maravilloso y providencial, que surgió sin que aun pudiera precisar cómo, en el momento más difícil de su vida.

—¡El autor!—segufan gritando en la sala con insistencia.

—¡Te llaman! ¿No lo oyes? —le dijo su madre, temblorosa la voz.

—Anda, hombre—añadió su tío empujándole hacia el escenario.

—Pero si no sé. No me atrevo—murmuró balbuceante Jackie—. Me parece que voy a caerme...

—Vamos, pronto. A escena—le dijo el director de la compañía empujándole.

Y sin saber cómo, se encontró fuera, a plena luz, cegado por el brillo de las luces y más aun por el ardor de los aplausos.

Eric Jan, allá en el fondo, reía y lloraba a un tiempo, y no eran sus manos las que permanecían menos activas.

Jackie, pasado el primer momento de estupor, se adelantó unos pasos hasta las candilejas e hizo un ademán reclamando silencio.

—¡Silencio!—dijeron por todas partes.

—¡Que va a hablar!

Ese era, efectivamente, el propósito de Jackie Forrester en aquellos momentos.

Pero nadie podía figurarse cuáles eran las palabras que iban a salir de sus labios y menos que nadie su padre.

Logrado el silencio no sin grandes esfuerzos, el autor aclamado delirantemente segundos antes, ha-

bló así, con temblores de balbuceo en la voz velada por la emoción y casi por las lágrimas:

—¡Gracias, señores, gracias!... ¡Realmente estoy emocionadísimo al ver... que la obra... les ha gustado... tanto! Yo les prometo... dedicarme a ustedes por entero... de ahora en adelante... ¡Gracias! Pero yo faltaría a mi deber—siguió diciendo ahora más sereno— si no les hiciera una confesión. La obra que acaba de estrenarse y que tanto les ha complacido no es sólo mía... casi estoy por decir... que no es mía del todo. El verdadero autor de esta maravilla teatral es... un hombre que se encuentra ahora mismo entre ustedes. Y ese hombre es Eric Jan.

—¡Eric Jan!

—¡Eric Jan!

—¡Bravo!

Y aquellos que antes aplaudían hasta romperse las manos a Jackie Forrester, lo hacían con verdadero frenesí a Eric Jan, a quien todas las miradas buscaban por la sala.

Eric estaba anonadado.

Aquello no era lo prometido.

No, él no podía presentarse a "su" público; no podía.

A pesar del tiempo transcurrido, de los estragos del dolor, de su ve-

jez, aquel público que tan bien le conocía, le encontraría de nuevo.

Y, entonces, ¿qué iba a ocurrir?

Se producirían aquellas escenas de pesadilla que presagiara la noche de su llegada a Londres al posar sus ojos en la lápida conmemorativa del vestíbulo de su teatro.

Y hurtándose a todas las miradas, hundiendo la cabeza entre los hombros para pasar inadvertido, Eric Jan, abandonó su butaca y cautelosamente, sigilosamente, arrastrándose casi, ganó la salida, bajó las escaleras a saltos y se precipitó en la calle, corriendo como un loco hacia su buhardilla.

... ..

Seguían en la sala los rumores encontrados y las llamadas a aquel hombre cuyo nombre oyeran todos por primera vez.

El mismo Jackie desde el escenario seguía llamando a su amigo a pleno pulmón:

—¡Eric, Eric!... ¡Venga aquí!... ¿Dónde está usted? ¡Eric!...

—¡Eric Jan!

—¡Eric Jan!

Y las llamadas se oían por todas partes.

—Ya comprendo—exclamó Jac-

kie en un momento de silencio—. Se ha escapado... ¡Ah, pero yo voy por él!

Y volvió al escenario, en donde cogiendo a su madre, que le miraba estupefacta, por un brazo, la arrastró consigo gritando como un loco:

—¡Ven, madre mía, ven! ¡Vamos a buscar a Eric Jan! ¡Es preciso, es indispensable que le encuentre!

—Pero, ¿quién es ese hombre, hijo mío, del que nunca me hablaste?—preguntó su madre que no volvía de su sorpresa.

—¡Ya lo verás... ya lo verás!—repetía Jackie, a tiempo que ganaba presuroso la salida del teatro.

Frente a la puerta estaba su coche.

Subió a él con su madre y puso el motor en marcha.

—Yo sé dónde le encontraremos, madre... ¡Necesito encontrarle! ¡Sin él nuestra alegría no sería completa!

Jackie condujo el coche a una velocidad fantástica hasta la casa en que vivía su amigo.

Sí, debía estar allí, huyendo a toda manifestación de aplauso por su obra magnífica...

Subieron las escaleras apresuradamente y al fin llegaron a aquel pisito que le pareciera a Jackie en los días de gestación de su obra una antesala del paraíso.

Estaba cerrada la puerta.

Llamaron repetidamente en ella.

Sí, estaba allí Eric Jan.

No se había equivocado Jackie.

—¡Abra, Eric, que soy yo!—le gritó Jackie.

Por fin se abrió la puerta.

Jackie se precipitó como un loco en la estancia y tras él, con una curiosidad extraordinaria, entró su madre...

DESCUBIERTO

Allí estaba efectivamente Eric Jan...

Febrilmente arreglaba una maleta en la que a montones iba metiendo sus cuatro trapitos...

—¿Qué hace usted, hombre de Dios?—le preguntó Jackie sorprendido.

—Me voy... ya lo ves... me voy—murmuró Eric sin alzar la vista.

—Pero, ¿a dónde? ¿A dónde va usted a ir? ¿Y por qué se va usted?

Eric Jan volvió hacia él los ojos húmedos por las lágrimas y trató de explicarse.

Pero al ir a hacerlo, vió allá en

el fondo de la habitación a Margaret, que le contemplaba sacudida por una emoción que no acertaba a explicarse en los primeros momentos.

¡Su mujer allí!

Las últimas energías de Eric desaparecieron como por encanto...

Y presa de una vergüenza infinita, bajó los ojos al suelo, contraindo el rostro, temblando todo su cuerpo como un azogado.

—¡No, hombre, no!—siguió Jackie sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo y sin poder descifrar aquella escena muda—. Usted no

se va. Si no quiere usted venir con nosotros, voy a buscar a mis amigos y celebraremos el triunfo aquí! ¡No lo dejes salir, madre!

Y sin aguardar contestación, salió como un loco de la buhardilla y empezó a bajar las escaleras a saltos.

... ..
... ..

Habían quedado frente a frente. Volvían a encontrarse al cabo de los años...

Porque Margaret, saliéndosele la vida por los ojos, había reconocido a aquel que tanto llorara por muerto.

¿Cómo estaba allí su John?

¿Era un milagro de Dios?

Pero... ¿sería él?...

Y creyendo y dudando avanzó lentamente hacia el espectro murmurando temerosa, con el miedo de oírse a sí misma:

—¡John... John! ¿Eres tú?

—Sí...—dijo él más con el gesto que con la voz y sin atreverse a alzar los ojos del suelo.

—¡John, oh, mi John! —gritó Margaret en un suspiro cayendo en sus brazos y bañando su rostro de lágrimas.

Durante unos segundos ninguno de los dos pudo articular una sílaba.

Luego, más tarde, tranquilizados un tanto, John habló...

Habló mucho... mucho... Contó su salvamento... la cobardía de su salvamento... su vida miserable y cómo había vivido sólo por ellos... por su Margaret, por su Jackie...

—Y ahora, ¿qué piensas hacer? —preguntó ella.

—Irme, Margaret... Irme. Comprenderás que yo no puedo volver a vivir después de lo pasado.

—Sí... tienes razón. ¿Pero a dónde vas a ir?

—Lejos, muy lejos. Donde nadie me vea.

—¡No, eso no, John mío! ¿Vamos a pasar sin vernos los pocos años que nos quedan de vida? Ahora que te he encontrado no lo consentiré... Dime a dónde vas... que podamos seguir viéndonos aunque sea a escondidas de la gente. ¿Verdad que me lo dirás, John mío?...

—¡Oh, sí, Margaret, sí! ¡Te lo diré y seguiremos viéndonos!...

Y añadió bajando la voz como si tuviera miedo de oírse a sí mismo:

—¡Pero que él no lo sepa! ¡Que no lo sepa nunca! ¡No le digas que soy su padre...!

Se quebró su voz en un sollozo, y, hundiendo la cara en el seno de aquella mujer que tan bien supiera comprenderle siempre, sollozó:

—¡Me moriría de vergüenza!

FIN

Acaba de
aparecer el

Catálogo ilustrado de las selectas EDICIONES ESPECIALES
BISTAGNE

¡Hágaselo reservar o pídalo!

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPANA

Sociedad General Española de Librería.
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará. 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.	Los cosacos.	Esclavas de la moda.	Al Capone (Pánico en
El gran desfile.	El conde de Montecarlo.	Petit Café.	Chicago).
Miguel Strogoff, o el	La mujer ligera.	Hay que casar al príncipe.	Mi último amor.
Correo del Zar.	Virgenes modernas.	Inspiración.	Muchachas de uniforme.
La princesa que supo	El pagano de Tahiti.	El proceso de Mary Du-	Marido y mujer.
amar.	Estrellas dichosas.	gan.	Mata-Hari.
El coche número 13.	La senda del 98.	Marruecos.	Congorita (fuera de se-
Sin familia.	sto es el cielo.	En cada puerto un amor.	rie).
Mare Nostrum.	Espejismos.	Conoces a tu mujer?	Carceleras.
Nantán, el hombre que se	Evangelina.	El millón.	Erase una vez un vals.
vendió.	Orquideas salvajes.	La mujer X.	Hombres en mi vida.
Cobra.	El caballero.	Gente alegre.	Niebla.
El fin de Montecarlo.	Egoísmo.	Mar de fondo.	Rebeca.
Vida bohemia.	La máscara del diablo.	La llama sagrada.	Indeseable.
Zazá.	El par nuestro de cada	La ley del barén.	Tarzan de los monos.
¡Adiós, juventud!	dia.	La fruta amarga.	El terror del bampa.
El judío errante.	Vieja hidalga.	Vidas truncadas.	La vuelta al mundo por
La tija desnuda.	ocasión.	La fiera del mar.	Douglas Fairbanks.
La tía Ramona.	entación.	Tubú.	Chica bien.
Casanova.	La pecadora.	El pasado acusa.	Recién casados.
Hotel Imperial.	El beso.	Papá piernas largas.	Champ (El carpeón).
Don Juan, el burlador de	Sevilla.	Trader Horn.	La zarpa del jaguar.
Noche nupcial.	El séptimo cielo.	Un yanqui en la corte	Los amores de José Mo-
Beau Geste.	Los vencedores del fuero.	del rey Arturo.	jica (fuera de serie).
Los vencedores del fuero.	La mariposa de oro.	El código penal.	El caballero de la noche.
Ben-Hur.	El demonio y la carne.	La pura verdad.	Arsène Lupin.
La castellana del Líbano.	La tierra de todos.	Maternidad, o el derecho	a dama del 13.
Tripolis.	El rey de reyes.	a la vida (fuera de se-	Amor en venta.
El demonio y la carne.	Sangre y arena.	la mina).	El pecado de Madelón
La castellana del Líbano.	El jardín del edén.	Estudiantina.	de Claudet.
La tierra de todos.	Ramona.	Las peripecias de Skippy.	La casa de los muertos.
Tripolis.	Dos amantes.	¡Qué viudita!	Titanes del cielo.
El rey de reyes.	El príncipe estudiante.	El camino de la vida.	El proceso Dreyfus.
Sangre y arena.	Ana Karenine.	Noches de Viena.	La vida de un gran ar-
La ciudad castigada.	El destino de la carne.	Mamá.	tista.
Agallas triunfantes.	La mujer divina.	Eran trece.	El último varón sobre la
El sargento Malacara.	Alas.	Cheri-Bibi.	Tierra.
El capitán Sorrell.	Cuatro hijos.	Bésame otra vez.	Fantomas.
El jardín del edén.	El carnaval de Venecia.	Camarotes de lujo.	Violetas imperiales.
La princesa mártir.	El ángel de la calle.	Los hijos de la calle.	oy un fugitivo.
Ramona.	La última cita.	La divorciada.	Teresita.
Dos amantes.	El enemigo.	Madame Satán.	La película de las estre-
El príncipe estudiante.	Amantes.	¿Cuándo te suicidas?	llas. Grand Hotel (fue-
Ana Karenine.	La bailarina de la Opera.	El carnet amarillo.	ra de serie).
El destino de la carne.	Moulin Rouge.	Honrarás a tu madre.	Hollywood al desnudo.
La mujer divina.	Fen Alf.	Su última noche.	Sangre roja.
Alas.	Los cuatro diablos.	Las alegres chicas de	El doctor X.
Cuatro hijos.	¡Ríe, payaso, ríe!	Viena.	Emma.
El carnaval de Venecia.	Volga, Volga.	Viva la libertad!	Primavera en otoño.
El ángel de la calle.	La sinfonía patética.	Salvada.	El hijo del destino.
La última cita.	Un cierto muchacho.	El teniente del amor.	Ella o ninguna.
El enemigo.	¡Nostalgia!	Deliciosa.	El enemigo de la sangre.
Amantes.	La ruta de Singapur.	Cielo robado.	El azul del cielo.
La bailarina de la Opera.	La actriz.	Amargo idilio.	El monstruo de la ciudad.
Moulin Rouge.	Mister Wu.	Honor entre amantes.	El hombre que se reía
Fen Alf.	Renacer.	Para alcanzar la luna.	del amor.
Los cuatro diablos.	El despertar.	El hombre que asesinó.	Busan Lenox.
¡Ríe, payaso, ríe!	La melodía del amor.	Ríndase!	Mercado de mujeres.
Volga, Volga.	Las tres pasiones.	La calle.	Manos culpables.
La sinfonía patética.	Cristina, la Holandesa.	El prófugo.	La princesa se divierte.
Un cierto muchacho.	¡Viva Madrid, que es mi	Milicia de paz.	La mano asesina.
¡Nostalgia!	pueblo.	Amores de medianoche.	El rey de los gitanos.
La ruta de Singapur.	Sombras blancas.	Miguel Strogoff o el	El sargento X.
La actriz.	La copla andaluza.	Correo del Zar (edi-	Los seis misterios.
Mister Wu.		ción popular).	Esta edad moderna.
Renacer.		La hermana San Sulpicio.	La novia de Escocia.
El despertar.		El demonio y la carne	Besos al pasar.
La melodía del amor.		(edición popular).	El mayor amor.
Las tres pasiones.		La dama misteriosa.	El expreso fantasma.
Cristina, la Holandesa.		Los claveles de la Vir-	Al despertar.
¡Viva Madrid, que es mi		gen.	El robo de la Mouna Lis
pueblo.		Pareja de baile.	sa (La Gioconda).
Sombras blancas.			La edad de amar.
La copla andaluza.			Salvada.
			Divorcio por amor.

Corazones sin rumbo.	Yen.	El agua en el suelo.	Fueron humanos.
Corazones valientes.	Bolíche.	El boxeador y la dama.	¡Viva la vida!
Irusta-Fugasot-Demare	a vida privada de Enri-	Esclavos de la tierra.	El negro que tenía el al-
(fuera de serie).	que VIII.	Mujeres y 1 Don Juan.	ma blanca.
Los tres mosqueteros	ra Diavolo.	Alma de bailarina.	Carolina.
(Los Herretes de	El padrino ideal.	Yo he sido espía.	Cuesta abajo.
reina).	El judío errante.	No seas celosa.	Sola con su amor.
Milady (Segunda parte de	El hijo de la parroquia.	Desfile de candilejas.	El mundo cambia.
Los tres mosqueteros).	Jetty Lynton.	Aves sin rumbo.	Canción de cuna.
Esclavitud.	Barrio Chino.	Simona es así.	Paz en la tierra.
La calle 42.	Yo, tú y ella.	Pescada en la calle.	La dama del boulevard.
Las dos buerfanitas.	En ladrón en la alcoba.	Una noche en El Cairo.	La hermana San Sulpicio.
Cabalgata.	El cantar de los cantares.	Rosa de medianoche.	El signo de la muerte.
Secretos.	a llama eterna.	El rey de la plata.	La dolorosa.
La feria de la vida.	Un hombre de corazón.	Sobre el cieno.	Las fronteras del amor.
Una morena y una rubia.	terra de Ronda.	Las sorpresas del coche-	Wonder Bar.
Como tú me deseas.	El rey de los fósforos.	cama.	La dama de las camelias.
El relicario.	a Cruz y la Espada.	Sol en la nieve.	La doncella de postín.
El amor y la suerte.	El canto del ruiseñor.	Madres de bastidores.	Caravana.
Una viuda romántica.	Adiós a las armas.	La portera de la fábrica.	Hombres del mañana.
Rasputin y la Zarina.	La mundana.	Granaderos del amor.	Así ama la mujer.
Srsana tiene un secreto.	Tú eres mío!	Fanny.	La buenaventura.
20.000 años en Sing Sing.	atalina de Rusia.	Siempre en mi corazón.	Nada más que una mujer.
Huérfanos en Budapest.	Tempestad al amanecer.	Tarzan y su compañera.	Dama por un día.
¡Milagro!	Santa.	El gato y el violín.	La espía n.º 13.
Vivamos hoy.	Belleza a la venta.	Sor Angélica.	Señora casada necesita ma-
Odio.	Alalá.	Judex.	rido.
Los crimenes del museo.	a hermana blanca.	Casanova.	¡Viva Villa!
El secreto del mar.	La Reina Cristina de Sue-	El primer amor.	Busco un millonario.
Mis labios engañan.	cia.	Eskimo.	Sinfonías del corazón.
No dejes la puerta abierta	or un solo desliz.	Un capitán de cosacos.	El novio de mamá.
Dos noches.	De ha fugado un preso.	El altar de la moda.	Mademoiselle Doctor.
La melodía prohibida.	El error de los padres.	La virgen de la roca.	Las Virgenes
El primer derecho de un	La ciudad de cartón.	La herencia.	de Wimpole Street.
hijo.	Honduras de infierno.	Madame Du Barry.	Las mil y dos noches.
Canción de Oriente.	Doña Francisquita.	Sucedió una noche.	Al llegar la primavera.
La amargura del general	El café de la marina.	Hombres en blanco.	Madrid se divorcia.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

PROXIMO NUMERO:

LA MAGNÍFICA NOVELA

CRUZ DIABLO

por Ramón Pereda, Lupita Gallardo, etc.

Precio: UNA PESETA

¡EDICIONES BISTAGNE

publica siempre LO MEJOR!

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Ediciones ideales

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel
couché. Precio: 0'50 cts.

El film de hoy

32 páginas de texto - 5 ilustraciones interiores
Postal-regalo Precio: 0'30 cts.

EL SOBRE MOJICA

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspon-
diente postal, a 0'15 cts.

CANTE FLAMENCO

Librito de canciones consagrados a los más destacados cantaores
Precio: 0'50 cts. Lujosa presentación

Estrellas y canciones

Libritos de cuplés del repertorio moderno de las más relevantes
figuras de «Varietés» Precio: 0'50 cts. Portada a colores

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas
Cerca de 400 títulos publicados Precio: 1'— peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10, bis.-BARCELONA

E. B.

Cubierta, Imp. M. PELLICER
Muntaner, 111 - Teléfono 76132

2
Precio ~~una~~ peseta